

La Ilustración Artística

Año XXV

← BARCELONA 22 DE OCTUBRE DE 1906 →

Núm. 1.295

REGALO A LOS SEÑORES SUSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

ARTE ESCULTÓRICO MODERNO



FRAGMENTO DEL MONUMENTO ERIGIDO EN LIMA EN HONOR DEL GENERAL BOLOGNESSI,

obra del laureado escultor Agustín Querol

ADVERTENCIA

Próximamente repartiremos á nuestros suscriptores el cuarto tomo de la presente serie de la BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA, titulado

POETAS FRANCESES DEL SIGLO XIX,

selecta y completísima antología ordenada por don Teodoro Llorente, y por este esclarecido vate fidelísimamente vertida al castellano en sonoros versos y cadenciosas estrofas. Lamartine, Hugo, Sully-Prudhomme, Musset, Gauthier, Vigny, Baudelaire, Leconte de Lisle, y otros cuarenta poetas eminentes del Parnaso francés del siglo pasado, tienen su adecuado lugar en este libro, hecho con un cariño y con un atildamiento de forma nada comunes en esta clase de obras, pero que son la característica del ilustre literato valenciano ya mentado. Contribuyen á realzar esta edición primorosas orlas alegóricas, debidas al lápiz de Nicanor Vázquez.



Texto.— *La vida contemporánea*, por Emilia Pardo Bazán. — *Los comienzos de un torero*, por Manuel Sorra. — *El primer Congreso Internacional de la Lengua Catalana*. — *Adelaida Ristori*. — *Bellas Artes*. — *La fuerza del pasado*, novela ilustrada (continuación). — *París*. — *Graves desórdenes en el hipódromo de Longchamp*. — *Lo que se consume á bordo de la flota del Nord-Deutscher-Lloyd*.

Grabados.— *Fragmento del monumento erigido en Lima en honor del general Bolognési*, obra de Agustín Querol. — Dibujos de E. Zier que ilustran el artículo *Los comienzos de un torero*. — *Rdo. Dr. D. Antonio M. Alcober*, iniciador y presidente del primer Congreso Internacional de la Lengua Catalana. — *Sesión inaugural de dicho Congreso*. — *Inauguración de la Exposición del Libro*. — *«Garden-party» celebrada en el Parque Güell*. — *Banquete celebrado en el hotel Tibidabo*. — *Recepción en el Ayuntamiento en honor de los congresistas*. — *Enseñar al que no sabe*, cuadro de Walter Firlé. — *Adelaida Ristori*, eminente trágica italiana. — *París*. *Graves desórdenes ocurridos en el hipódromo de Longchamp*. *El público rompiendo las vallas*. — *Los pabellones de las Apuestas Mutuas incendiados*. — *Milán*. *Concurso internacional hípico celebrado con motivo de la Exposición*. *El caballo vencedor «Vissuto» en el momento de dar el salto de 3'20 metros*. — *Marruecos*. *Salida de la embajada alemana de Tánger para Fez*.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Oigo decir que el romanticismo ha muerto, y que, desde hace ya bastantes años, hemos enterrado su cadáver á la luz de la luna, bajo el sauce que sombra la tumba de Alfredo de Musset, y cuya sombra es ligera á la tierra en que el poeta duerme... La pompa fúnebre del romanticismo, como la de la angelical Isabel en *Tannhauser*, había dejado, al pasar, en nuestras almas, un poco de tristeza y añoranza indefinible, como si lo mejor de nosotros mismos se fuese á dormir bajo la tierra, y no nos quedase ya más que la caverna de las bajas pasiones, el antro de la maga maléfica que embruja y pierde á la humanidad. Pues bien, el romanticismo, empeñado en probarnos su inmortalidad divina, ha resucitado, llevando en una mano el puñal y en otra el revólver... Y hemos vuelto á encontrarnos con Diego de Marsilla y con Werther, enamorados fatales, líricos, que arrojan la vida como carga inútil, cuando les falta el amor.

* *

El nuevo Diego de Marsilla... era gallego. ¿Por qué sonreír? ¿No fueron gallegos *Macías el enamorado* y Juan Rodríguez del Padrón, que es nuestro *minnesinger* del siglo xv, nuestro *Tannhauser* ó nuestro Gualterio de Wogelveide? La hierba mágica y maldicienda de la pasión desesperada se da en todas las latitudes, en todas las regiones, en todos los climas. Sólo escasea, hasta el punto de constituir un verdadero fenómeno de rareza, en ciertos países donde la mujer

vive secuestrada y clausurada, y donde los reyes — como el shah de Persia padre del actual — tienen sus 1.620 mujeres guardadas en el harén, ó como allí se le llame... La libertad (relativa) de la mujer, al elevarla de cosa á persona, la hace capaz de inspirar esas vehementes inclinaciones, esas ardorosas preferencias que llevan consigo la prescripción «á vida y muerte...» Ahora, pues, el Diego de Marsilla de mi historia, casi aldeano, vió como la muchacha á quien quería se encontraba obligada por sus padres á unirse á otro hombre. La idea bárbara de matarla no acudió á su mente: la idea africana de matar á su rival, tampoco. Puesto que era él mismo quien sufría y se retorció desesperado, él era seguramente quien debía irse del mundo. Y esta resolución no se le ocurrió tampoco en el primer instante. En esos momentos crueles, cuando se diría que el mundo entero gravita sobre un corazón llagado y partido á cuchilladas, las resoluciones se atropellan y confunden; cada minuto sugiere una nueva, quizás opuesta á la anterior. El primer pensamiento que Diego de Marsilla quiso poner por obra, fué emigrar á América. Fiaba en la distancia, y en que á la distancia ayudaría la acción sedante del tiempo. El veía que en su aldea el viaje á América lo remedia todo. Cargados de deudas, oprimidos por el fisco, muertos de hambre, autores de fechorías por las cuales les persigue la justicia, agobiados por las mil circunstancias que pueden hacer penosa y difícil la existencia, los aldeanos emigran en masa, y la esperanza, verde como las campiñas que van á abandonar, les sonríe en medio de las aflicciones de la despedida. Acaso, al respirar las primeras emanaciones salitrosas del Océano, la pena del amor se disipase y el maleficio se deshiciese. Y el enamorado se vino á la Coruña, dispuesto á embarcar. Para una inclinación pasajera y frívola, de esas que no arraigan, la estancia en la Coruña hubiese sido suficiente distracción. Un puerto de mar, una capital de provincia animada y alegre, ofrecen al mozo aldeano tentaciones y placeres fáciles, que embeodan los sentidos groseros y causan locas excitaciones á la juventud no gastada ni cansada. Pero el Marsilla galaico tenía el signo y marca funesta del que bien y de veras quiere: no existía para él más que una mujer en el mundo, y fuera de aquella mujer todo era sombra, vacío y tedio sin límites. El contraste mismo entre la quietud de la aldea apacible donde corrió el período de sus amores y el bullicio de la alegre ciudad, con sus músicas en el paseo, sus tiendas lujosas y sus cafés decorados, debió de serle físicamente intolerable, porque le gritaba que su porvenir era distinto de su pasado. Y su pasado era lo único que acertaba á querer...

* *

Y sin poderlo remediar, hostigados por la necesidad de representarnos de un modo sensible lo que preocupa el ánimo, pensamos: ¿cómo sería aquella mujer, tan añorada? ¡Bah! Seguramente que ni un tipo de belleza, ni una sirena seductora (en las aldeas no suelen existir), ni cosa por el estilo. Acaso una muchacha de esas que nada tienen de particular para el que las mira indiferente. El amor transforma las condiciones materiales, y cuelga sus alas de ángel en los hombros rechonchos de la moza de cántaro. La Isabel de este Diego acaso tenga hoyos de viruelas en la morena faz; sus pies, desfigurados, irán calzados con medias gordas y zapatos de suela ruda; su cuerpo exhalará el vaho del sudor ó el aroma mil veces más repulsivo de la perfumería barata que se compra en las ferias... ¿Qué importa? Al igual de todo lo que arrebató y embelesa al hombre, el amor sale de dentro, de lo íntimo del ser; se forma de la tela de nuestros sueños, no de las realidades. Si así no fuese, sería un cálculo estricto, una exacta relación entre el sujeto y el objeto. Es lo contrario: la mayor expresión del subjetivismo; lo que sólo cada cual, en el santuario de la emoción propia, adora y profesa. Jamás entenderán ese culto los profanos. Mi secreto para mí — pueden decir con energía y orgullo los que quieren líricamente.

* *

Y el *Amante* — con mayúscula, como escribiríamos el *Poeta* si se tratase de un Enrique Heine — paseándose por los muelles, al borde del mar verdoso y espumoso, pensó ó sintió que su pena era más inmensa y más amarga que las olas, y no se curaría aunque pusiese entre el teatro de sus dolores y su nuevo rumbo el ancho de la infinita sábana líquida que separa á Europa del continente americano. Y meneando la cabeza, abismado, se retiró á su posada, se encerró en su habitación y se dió siete puñaladas, casi todas mortales, sin que la mano temblase, cuando ya

la sangre corría de tantas bocas abiertas y por ella se iba el ánima dolorosa... No murió, sin embargo, en el momento. Le acudieron, y duró unas horas. En ellas, con desmayada voz, pudo articular que su desesperación no reconocía otra causa sino el casamiento de la predilecta. Ninguna lamentación por la vida que dejaba, ningún pesar de haberla cortado con tan sangrienta violencia. Sólo la afirmación reiterada y sencilla de que no podía vivir, puesto que se había casado aquella mujer. Los que le asistían, menos románticos, porfiaban en preguntar si el suicidio no reconocía otra causa; les costaba trabajo avenirse á que hubiese solamente amor detrás del furioso apuñalamiento del mozo. Y él, en medio de los desfallecimientos de la agonía, no acertaba sino á repetir su profesión de fe: ningún motivo más. — Dios habrá perdonado á esa pobre alma.

* *

El nuevo Werther es francés. Su caso me parece todavía más interesante que el anterior. Le había prometido á su amada que si ella moría, moriría él á la vez, ó antes si fuese posible. Atacada ella de gravísima enfermedad, desahuciada por los médicos, yacía casi insensible en la cama: á la cabecera velaba su madre. Un hombre penetró en la habitación, y sonó un tiro. La madre se alzó despavorida, creyendo en un atentado. Era un suicidio. El Amante venía á cumplir su promesa, muriendo antes que la amada, para esperarla en el umbral de la eternidad obscura. — Tuvo, no obstante, la mano menos certera que el lírico de la Coruña; la bala no fué mortal. La ley psicológica, en estos casos, es que no se repite la tentativa. El que por cualquier causa no consigue quitarse la vida del primer intento, rara vez lo segunda. Vuelve á encontrarse entre los mortales, en el triste mundo, y acepta su destino, embargado por contradictorios sentimientos, remiso en agradecer á la suerte que le haya dejado aquí para sufrir más. Unos se consuelan; otros llevan siempre á cuestas el grave peso de la memoria; pero la obsesión antinatural del suicidio se ha conjurado, de cien casos, en noventa y nueve. La obsesión es más curable cuando no procede de desengaño atroz. El Werther francés se curará, aunque su amada se muera, porque si quiera su amada, al morir, no le inflige el suplicio de destruir la ilusión que le hermoseaba la vida. El dolor acerbo de ese Werther puede transformarse en nostalgia dulce, en melancolía resignada: no llevará consigo la vergüenza bochornosa del engaño, la herida enconada de la traición. En suma, el Werther, después de perder á su ídolo, seguirá teniéndolo por ídolo, en lugar de verlo transformado en un horrible demonio; y podrá ser casi feliz, ó al menos conformarse, que ya es media felicidad.

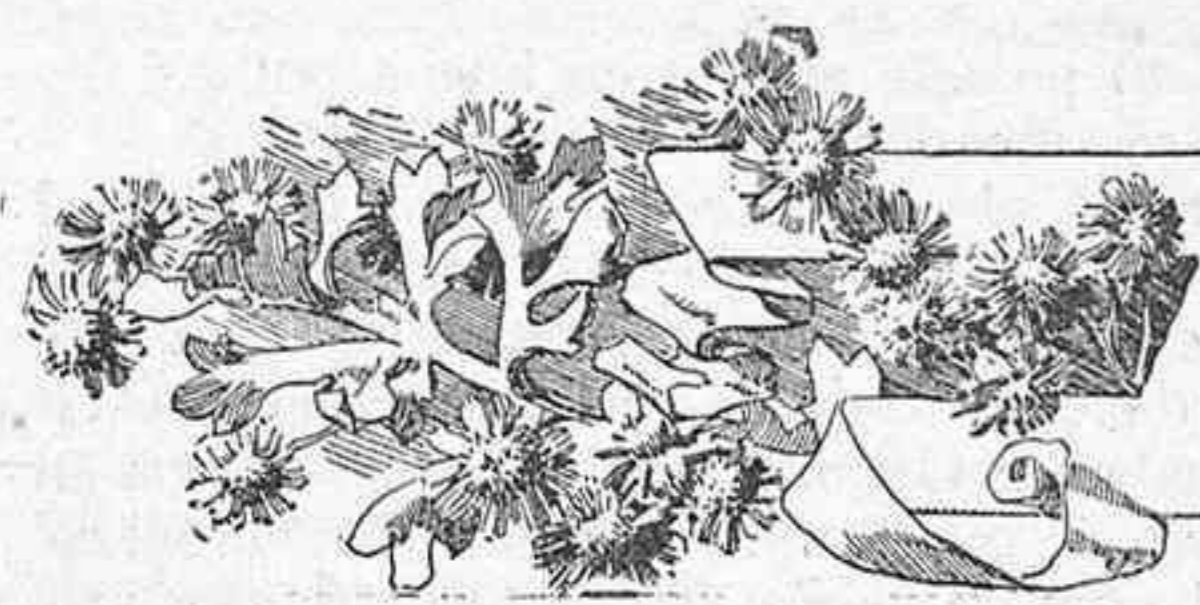
* *

De todos modos, se me figura que los dos casos que acabo de reseñar demuestran la exactitud de mi aserto: el romanticismo no está llamado á desaparecer... Si caducó como escuela literaria (¿y quién podría sostener que no son manifestaciones románticas las nuevas tendencias del arte y de la literatura?) en el carácter, en la psicología, nunca se extinguirá. No es sólo el amor el que sostiene y hace perdurable el romanticismo. Son también románticos los aeronautas, los salvadores de niños que se ahogan, los revolucionarios de acción, los nihilistas que abrasan á tiros á los generales rusos y se dejan ahorcar, todos cuantos tienen en poco la existencia ante un ideal, una quimera, un ensueño, una exaltación espiritual... El romanticismo es una tendencia fundamental humana.

* *

¿Quién sabe si era un romántico desconocido el heroico cochero de Lugo que se dejó destrozar por un perro rabioso para matarlo é impedir que mordiese á otras personas? El hecho es realmente inaudito, de una abnegación increíble, y ese hombre obscuro y humilde merecería un recuerdo, una lápida, algo que perpetuase su memoria. No hicieron más, ni si quiera tanto, los paladines que las historias celebran. Sabía él de cierto que buscaba la muerte, ¡y qué muerte! De cuantos mordió el perro, el único que contrajo incurable hidrofobia fué el valiente luchador que, abrazado al animal, rodando por el suelo, le entregó su carne en sacrificio. Siempre que hayáis de servir de la frase «portarse como un cochero», acordaos de éste, que se portó como un Bayardo ó un Cid... y como un San Juan de Dios, y cambiad de fórmula retórica...

EMILIA PARDO BAZÁN.



LOS COMIENZOS DE UN TORERO



Desde su niñez era Rafaelito novio de Carmela, y bien puede afirmarse que en la Algaba, su pueblo natal, y aun en todos los alrededores de Sevilla, no había más encantadora pareja de enamorados.

Cuando al anochecer, concluida la jornada, el joven labriego, según costumbre de la tierra, acudía á la reja de la ventana, detrás de la cual esperábale su novia, todos los transeuntes volvíanse involuntariamente para contemplarlos. El, un modelo de robustez armoniosa, rara en aquella raza más bien cenicienta, apoyaba en los barrotes su cabeza, de color bronce claro, máscara tranquila de estatua animada por dos pupilas grises, móviles y misteriosas como las aguas del Guadalquivir, á cuya orilla se amontonan las rústicas casas de la Algaba. El delicado rostro de Carmela tenía esa blancura de mujer morena que recuerda la pulpa de ciertas flores muy blancas y el granito de ciertos blanquísimos alabastros. Sus ojos negros, brillantes y aterciopelados, estaban hechos lo mismo para la coquetería que para la languidez de las caricias, y sus retortijados cabellos se unían en un artístico moño, adornado siempre con claveles, rosas ó geranios.

Esos muchachos se amaban como se ama en aquella patria de la pasión, con todo el ardor de sus almas fogosas é ingenuas, de sus cuerpos jóvenes y llenos de deseos.

Rafaelito era mozo de granja al servicio de un rico propietario de las inmediaciones, y su trabajo consistía en ir á vender paja por las calles de Sevilla y en llevar al matadero las reses destinadas al sacrificio. Apenas amanecía, dejaba la enjabelgada casita en donde sus viejos padres moraban, situada al extremo de la aldea, y no regresaba hasta la caída de la noche para comer apresuradamente el frugal gazpacho preparado por su madre, y correr inmediatamente á la ansiada cita. Carmela, de familia algo más acomodada, después de haber ayudado á los quehaceres domésticos y de haber engalanado lo mejor posible su gentil cuerpecito, sentábase, cual lindo pájaro matizado de colores, en aquella especie de jaula saliente sobre la calle que con sus cartelas de albañilería y sus anti-guos enrejados forman las ventanas de la planta baja de la mayor parte de las casas rurales de Andalucía. Y allí, cosiendo y soñando, esperaba la hora en que el rumor de unos pasos bien conocido la colmaba de felicidad.

Y todas las veladas, esas veladas perfumadas y tibias de la tierra sevillana, transcurrían para ellos en el éxtasis de un coloquio íntimo, á menudo silencioso, pero en que las miradas hablaban un lenguaje tan expresivo como los labios.

Sin embargo, cumpliéndose en ellos la regla de fragilidad de las humanas dichas, llegó un tiempo en que inquietas preocupaciones ensombrecieron aquellas citas. Rafaelito, con la lealtad que generalmente caracteriza en aquellas campiñas las relaciones amorosas, no tenía más que un objetivo, perseguido ardentemente, casarse con Carmela; mas por desgracia había cumplido la edad de entrar en quinta y no podía casarse sin antes haber cumplido el servicio militar.

Cierto que podía redimirse mediante el pago de mil quinientas pesetas; pero ¿de dónde sacar esa cantidad para él fabulosa? Al pronto pensó en pedirla

prestada á su amo; mas luego se convenció de que nadie consentiría en anticipar tanto dinero á quien ofrecía, por toda garantía, el trabajo de sus brazos.

Recurrió entonces á la lotería y ganó un premio de seis duros que, si en otras circunstancias le habría colmado de gozo, en aquella ocasión, después del espejismo de la esperanza, no hizo más que aumentar su angustia.

Sólo tenía dos meses para redimirse, pasados los

un movimiento hábilmente medido, le dejan proseguir en el vacío su ciega carrera...

Pero matar el toro, es decir, apuntar al punto flaco de la nuca y con un estiramiento brusco del brazo encogido hundir en aquel sitio el estoque, ¿no era cosa que estaba á sus alcances?... Con sangre fría, vigor y vista, no había de ser difícil realizar tal faena...

Su vacilación fué corta. Puesto que matando el toro se ganaba dinero, él lo mataría..., y Carmela sería suya.

Antes de afrontar la lucha suprema, deseaba verse siquiera una vez delante de un par de cuernos de verdad, apuntando á su pecho, y percibir la sensación del hierro que, empujado por su brazo, penetrase en una carne viva.

En el matadero, adonde conducía ganado con frecuencia, fácilmente obtuvo permiso para asistir á alguna de las lecciones de la Escuela de tauromaquia, aneja á dicho establecimiento, y aunque esas lecciones, pocas y cortas, eran insuficientes para una completa iniciación, Rafaelito salió de la prueba más confiado y más resuelto que nunca.

Una mañana, encaminóse á casa del duque de la Pena que explotaba la plaza de toros de Sevilla. El aristocrático empresario miró de arriba abajo al guapo labriego, fornido y esbelto que, de pie delante de él, estaba en actitud respetuosa, pero decidida.

—¿Qué es lo que quieres?, preguntó en tono algo brusco.

—Señorito, respondió Rafael

sin desconcertarse, quisiera torear en la próxima corrida, la del domingo que viene.

—¿Tú!.. Pero si no te conozco... ¿Y qué quieres hacer en la próxima corrida?

—Desearía matar un toro...

—Matar un toro... Nada más que matar un toro... ¿Y en qué plazas has matado?

El cutis bronce claro del muchacho tomó un tinte obscuro; era su modo de ruborizarse. No obstante, sin vacilar respondió bajando la voz:

—En ninguna...

Y luego, apresuradamente, para evitar embarazosas preguntas, refirió su historia.

Al escuchar las primeras palabras, el empresario había sonreído; el asunto, en verdad, tomaba á sus ojos un sesgo interesante. Entreveía un buen reclamo para su corrida en aquellos amores contrariados por el rigor de la ley militar; un artículo del periódico, oportunamente publicado, no dejaría de excitar la curiosidad del pueblo andaluz, siempre aficionado á novelescas aventuras.

—¿Y cómo te las compondrás para matar el toro?, preguntó el duque así que Rafaelito hubo cesado de hablar.

El aspirante á torero, por toda respuesta, arrojó su sombrero al suelo y se cuadro, rígidas las piernas, erguido el busto, la cabeza inclinada atentamente, y apuntando, con el brazo replegado á la altura del hombro, su vara de fresno á manera de estoque.

La actitud era tan escultural, el gesto tan clásico, la puntería tan precisa y la mirada tan aguda, que el empresario se entusiasmó.

—Supongo que no irás á hacerte matar, dijo ofreciendo á su interlocutor un cigarrillo.

—No..., Dios mediante, contestó Rafaelito.

Al siguiente domingo, desde las tres de la tarde la plaza de toros de Sevilla estaba totalmente llena. Cuando, á los sones de un paso doble, salieron las cuadrillas á la arena, la atención de aquella inmensa multitud se concentró en el debutante. La primera impresión fué favorable; y en verdad que Rafaelito, con su traje encarnado y oro que marcaba sus formas de efebo antiguo, con la elasticidad de su andar y



... las miradas hablaban un lenguaje tan expresivo como los labios

cuales habría de resignarse á servir al rey y á renunciar, hasta la época de un regreso muy lejano, si no muy problemático, á la felicidad de poseer á Carmela.

Comenzaba ya á desesperar, cuando un día, estando en la ciudad y mientras descansaba en el patio de la posada, después de haber vendido paja durante toda la mañana, llamaron su atención las charlas de los labriegos que le rodeaban. Hablábase de los toreros, de esos hombres del pueblo, casi siempre pobres é ignorantes, que con habilidad y suerte alcanzan notoriedad, consideración y sobre todo fortuna.

Para Rafaelito fué aquello un rayo de luz... Y después de todo, ¿por qué no?... Cuando niño, había tomado parte muchas veces, en las encrucijadas de la aldea, en la diversión en boga entre la chiquillería, que con unos cuernos de desecho clavados en una tablita ó en una cabeza de toro de mimbres, y sirviéndose de sus blusas á guisa de capas, imitan apasionadamente los lances de la corrida. Era aquella toda su experiencia, y á decir verdad no podía pretender practicar así de pronto, sin otros estudios, las maniobras de los toreros y ejecutar esas atrevidas vueltas á dos pasos de las astas amenazadoras, esos pases que excitan al fogoso animal y que, merced á

con la expresión un tanto altanera de su fisonomía, era un modelo acabado de la belleza del torero, de esa belleza varonil que entusiasma á las mujeres.

Rafaelito dirigió su mirada á una de las gradas inferiores de sombra, en donde habían tomado asiento sus ancianos padres y la familia de Carmela. La jo-

ven, al ver aparecer á su novio, quedóse anhelante, con los ojos desmesuradamente abiertos; aquella centelleante visión de púrpura, aquel ser fastuoso que se parecía al arcángel del altar de la Algaba, ¿era realmente su Rafael, su amigo de la infancia, el asiduo compañero de sus veladas?.. Sintió oprimirse el pecho, parecióle que de pronto se abría un abismo entre ellos y un frío extraño invadió su alma; pero apenas sus ojos se encontraron con los ojos grises de los que el amor se desbordaba, aquella pasajera tristeza cedió el puesto á una expresión interna de alegría. Entonces irguió su lindo cuerpo y sintióse reina de aquel recinto, ya que, al fin y al cabo, el punto de mira de la general admiración era una cosa suya, la corteza de un corazón que le pertenecía...



--¿Y cómo te las componías para matar un toro?

La corrida empezó. La lidia de los dos primeros toros, á cargo de famosos espadas, excitó, como de costumbre, el apasionado interés del público andaluz; pero cuando llegó el turno al tercero, reservado á Rafaelito, la atención subió de punto. La primera fase de la labor del aprendiz torero consistía en efectuar, durante la sangrienta suerte de picas, los quites cuyos más elementales principios ignoraba. En aquella faena estuvo deplorable, y como su valor temerario le lanzaba á veces sobre los mismos cuernos de la fiera, de fijo habría sido herido y acaso muerto si sus compañeros no hubiesen sabido distraer á tiempo el furor del animal.

Al ver sus movimientos, cuya gracia natural no bastaba á excusar la inexperiencia, el público no tardó en manifestar su descontento, al principio con murmullos, luego con silbidos y finalmente con general gritería, no tardando en convertirse el escándalo en verdadera tempestad. Los puños cerrados señalaban amenazadores al redondel; los gritos injuriosos cruzaban el aire como latigazos, y voces estridentes lanzaban las más salvajes injurias.

Rafaelito, que conocía las costumbres de la plaza, esperaba esa escena cruel; pero como su único objeto era matar el toro, habíase jurado soportarla estoicamente, y por muy dura que fuese la prueba, cumplió su juramento y aguardó, no sin impaciencia, que el presidente le sacara de aquella situación penosa mandando tocar á banderillas.

Cuando sonó ese toque, el público se calmó; aquel fué para Rafaelito un momento de tregua; y mientras

más no lo estuviera encerrada en el ataúd; su mantón de crespón azul con ramajes amarillos, y el puñado de flores que coronaba su moño, acentuaban aún más aquella blancura.

Cuando su novio se detuvo delante de ella, una divina sonrisa abrió sus labios y de sus pupilas de azabache brotó un rayo de inefable ternura. Rafaelito, quitándose con gesto rápido la montera y agitando en el aire, pronunció con voz vibrante su brindis, esa alocución que el espada dirige á la persona por él escogida antes de consumir la última suerte y de correr el supremo peligro.

—Voy á matar el toro en honor de Carmela, dijo; es el primero que mato. ¡Que las miradas de mi amada me infundan el valor y la fuerza que necesito!

Luego, dando una vuelta, atrojó la montera lejos de sí y se encaminó al centro del redondel, en donde la fiera rascaba el suelo con sus pezuñas.

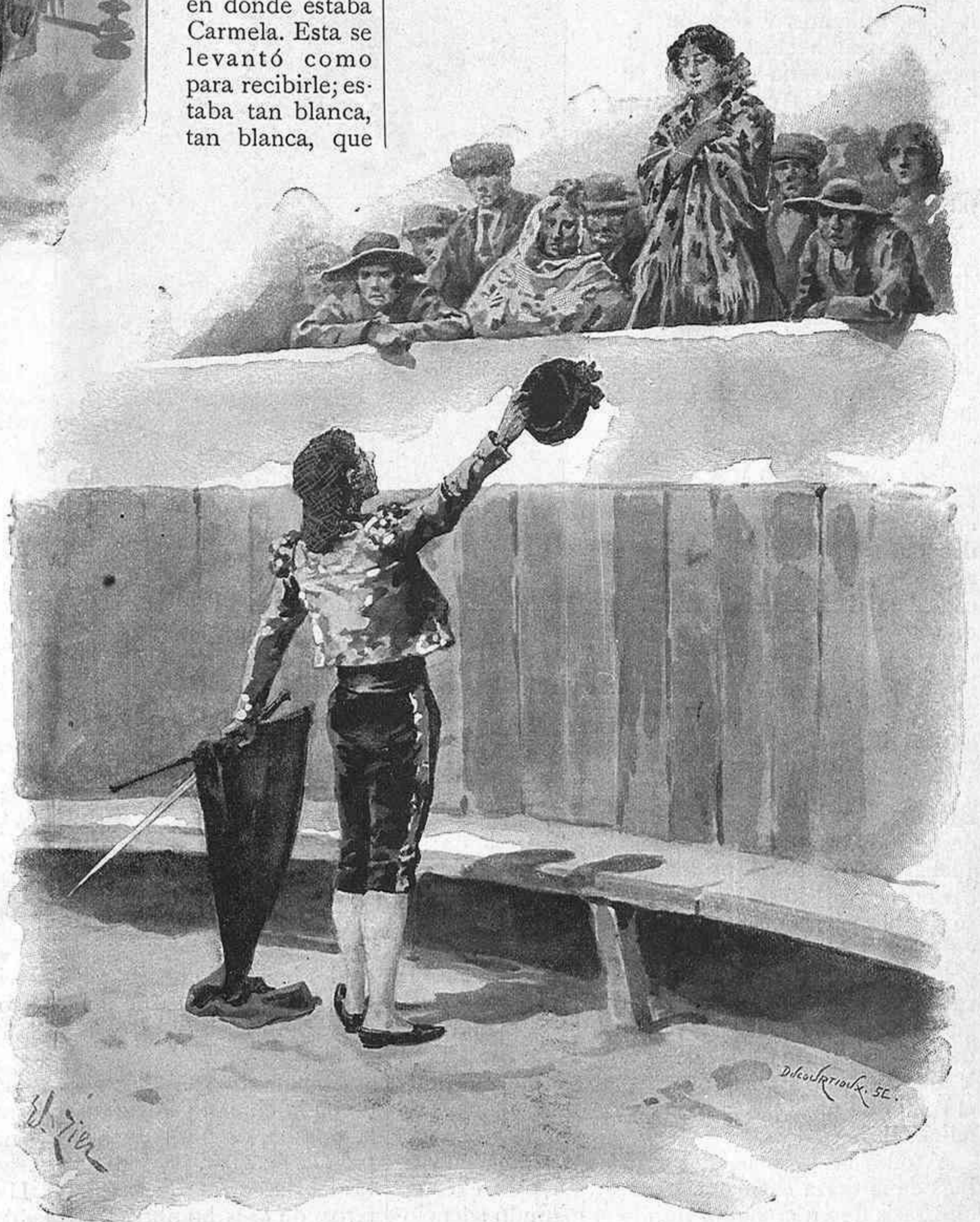
Faltábale aún, antes de tirarse á matar, salvar el escollo de los pases de muleta, preliminares de la muerte en que tanto se lucen los maestros en el arte del torero, pero cuya práctica él desconocía. Sus compañeros abreviaron esa prueba esforzándose en dejar

lo más pronto posible al toro en buena postura delante de su sacrificador.

Había llegado el momento decisivo. Al contemplar enfrente de él, casi al alcance de su mano, el enorme testuz con sus afilados cuernos, Rafaelito sintió que una oleada de ideas confusas invadía su cerebro. Certo que pensaba en Carmela; pero también surgía en él algo nuevo, lo que podría llamarse el alma del torero, la ambición de igualar la habilidad de esos profesionales que evolucionaban á su lado, y sobre todo el deseo de vengar las injurias que poco antes le había lanzado el público y la esperanza de borrar el recuerdo de las mismas bajo una explosión de aclamaciones. Este último sentimiento acaso se sobreponía á los que le habían llevado al toro.

Cuadróse en la actitud clásica, con el codo en alto y apuntando con los ojos un punto único en el arranque de la espina dorsal; alargó el brazo como impulsado por un muelle, y la espada, tocando exactamente el punto sensible de la nuca, penetró entera, hasta la empuñadura, en el cuerpo del toro, que se estremeció, vaciló unos instantes y al fin cayó pesadamente, dejando asomar en sus labios un poco de espuma sanguinolenta.

Ante aquella estocada magistral que llegaba al grado supremo de perfección, el público en masa, movido por un solo impulso, se puso de pie y estalló en una manifestación de entusiasmo delirante. Millares de cuerpos, inclinados hacia delante, parecían dispuestos á tirarse al redondel; las manos frenéticas agitaban sombreros y pañuelos, y en todas partes se oían los más encomiásticos apóstrofes: «¡Gloria al hijo de la Algaba!» «¡Eres el honor de tu patria!» «¡Ben-



—Voy á matar el toro en honor de Carmela...

¡Viva el Algabeño!» Y de un extremo á otro de las gradas, lo mismo en las de sombra que en las de sol, así en los palcos aristocráticos como en los bancos de la plebe, resonaba el grito unánime de «¡Viva el Algabeño!»

Si, el Algabeño, el apodo definitivo del torero, el nombre de batalla, el nombre de victoria, acababa de nacer en los labios embriagados.

Rafaelito, al ver que la fiera se desplomaba, había quedado inmóvil, con los brazos caídos y la cabeza inclinada, pudiendo apenas dar crédito al inesperado triunfo conseguido casi inconscientemente. Los rumores de la multitud le hicieron volver en sí; miró

á su alrededor y vió la ovación colosal de que era centro y objeto, y entonces, con esa prodigiosa facilidad de asimilación de su naturaleza meridional y ayudado por la esbeltez de su cuerpo de semidiós, entró en seguida en su papel de triunfador. Irguió con altivez la cabeza, su hermoso rostro se iluminó con una sonrisa de gloria, é imitando la soltura del torero, emprendió en torno del redondel su paseo victorioso. Alrededor suyo caían sombreros, abanicos, flores y cigarros que le arrojaba una multitud enloquecida, y él, saludando con la mano con gesto protector, bajábase de cuando en cuando para recoger un sombrero que devolvía á sus admiradores.

Al pasar por delante de Carmela, paróse de nuevo, y apoyando en sus labios las puntas de los dedos con un amplio ademán de los dos brazos, le envió un prolongado beso.

La joven no observó lo que había de teatral en la actitud del novel torero, ni la expresión de fatuidad que las miradas femeninas habían hecho asomar á su rostro.

Al salir de la plaza, Rafaelito se vió rodeado del grupo entusiasta de los aficionados sevillanos, que haciéndole subir á un coche de cuatro caballos, condujéronle al Paseo de las Delicias, en donde al atardecer se da cita la buena sociedad. Allí, la insistencia con que le miraba todo el mundo le suministró la prueba de su naciente celebridad; á su paso, las bellas señoritas lánguidamente recostadas en sus landós, se incorporaban para distinguir el perfil mate y los turbadores ojos del Algabeño, el cual creía sentir sobre sus mejillas el calor de los efluvios que de sus pupilas brotaban.

Además, su nueva corte le aturdió con sus alabanzas: en él revivía el Espartero, el gran torero cuya muerte trágica llora aún España; como espada, en la suerte de matar, igualaba á los más famosos, y muy pronto, con un poco más de estudio, el arte sublime ya no tendría secretos para él... Era la esperanza y sería la gloria de la escuela sevillana.

Rafaelito, escuchando esos elogios, se sonreía vagamente, sin decir nada, y algo embarazado todavía; pero en el incienso que junto á él se quemaba, percibía un perfume delicioso.

Al anochecer, sus nuevos amigos lleváronle primeramente á un restaurant á la moda, en donde le sirvieron manjares extraordinarios que el sobrio comedor de gazpacho apenas probó; y á la hora del café hiciéronle fumar cigarros muy fuertes, envueltos en una anilla de papel dorado, y beber licores extranjeros de extraño sabor, un tanto amargo. Después asistieron á una sesión de baile andaluz, en la que Lola, la graciosa Lola, la que él había admirado desde lejos, como humilde espectador, en el teatro Burrero, la célebre bailadora de tangos, lo acaparó.

Aquella feliz estocada había, pues, transformado un destino. El empresario de la plaza de toros, encantado con su descubrimiento, cuya gloria entera se atribuía, habíase mostrado generoso; varios amigos, á quienes halagaba presentarse en público con el hombre del día, le ofrecían su bolsa; y un agente, husmeando grandes ganancias, habíase presentado, ó mejor dicho, impuesto como intermediario para las contratas futuras. Porque era de esperar que lloverían proposiciones de numerosas ciudades, ávidas de co-

nocer á ese nuevo espada cuyas hazañas relataba minuciosamente la prensa en esas copiosas poesías que suele dedicar á la reseña de las corridas.

Ante aquel porvenir, el Algabeño, embriagado por

á aquella nueva vida que, desde la primera noche, le había prodigado sus más delicados placeres y sus más intensas voluptuosidades.

Desde entonces dióse de lleno á la *juerga*, que vertió en su alma á chorros el sabroso veneno de sus filtros y cuyas sacerdotisas, las galantes sevillanas, le enseñaron en pocos días, en medio de la embriaguez de los vinos de oro, el sabor de todos los besos.

Así adiestrado, el joven labriego de la Algaba no tardó en moverse en aquel ambiente de fiestas con tanta soltura como si en su vida hubiese vendido paja. Un rasgo puso el colmo á su fama. Una noche, la partida de alegres compañeros que formaba su habitual escolta atravesaba una calle bastante oscura, cuando á uno de ellos se le cayó una moneda; para buscarla, encendieron un fósforo, y cuando éste iba á apagarse el Algabeño sacó de su bolsillo un billete de cien pesetas y lo encendió en la pequeña llama á fin de facilitar la busca de la moneda perdida.

Frenéticos aplausos acogieron esa prodigalidad, que demostraba que Rafaelito había nacido para ser tan espléndido vividor como afortunado torero.

¿Qué ocurría entre tanto en la Algaba?

Carmela, después del grande acontecimiento que interrumpió la monotonía de sus días, todos iguales, había vuelto á su vida ordinaria. Sentada, desde la tarde siguiente, junto á su enrejada ventana, esperaba la próxima entrevista, que se imaginaba llena de expansiones, de cariño, de gozo. Su blanco semblante radiaba de orgullo al pensar que el vencedor, cuyo triunfo resonaba aún en sus oídos, parecería dócil y enamorado, para apoyarse en los barrotes familiares, y hasta le parecía que aquella gloria había hecho crecer su amor...

Llegó la noche, pasó la velada, y Carmela no oyó resonar ni de la parte del río, ni del lado de la aldea, el paso cuyo ruido encantador reconocía entre todos los demás.

Al día siguiente, la misma espera é igual decepción, no por esto, sin embargo, quebrantóse su confianza, sino que supuso que á Rafaelito le entretenían las gestiones para redimirse del servicio militar.

Al otro día, parecióle que algunas personas, al toparse con ella en la calle, cuchicheaban y la miraban sonriendo burlonamente, y sintió en su corazón una punzada, como una picada de aguja, comenzando entonces su tormento... ¿Qué sucedía para que se mofaran de aquella manera?

Intentó concretar conjeturas, pero era tal su ceguera que no concibió la menor sospecha.

A la siguiente tarde, sorprendió la misma expresión maliciosa en el saludo de algunas amigas que pasaban, y aunque herido su amor propio por tener que recurrir á gente extraña, las llamó. Todas aquellas muchachas tenían novios que iban diariamente á Sevilla y les traían noticias; Carmela las interrogó, y aunque al principio se hicieron de rogar, adoptando aires misteriosos y dejando escapar, como al descuido, insinuaciones reveladoras que terminaban en reticencias evasivas, al fin acosadas á preguntas y cediendo, por otra parte, á ese instinto de crueldad femenina que se goza en mortificar á la que puede llegar á ser una rival, repitieron, sin perdonar un solo pormenor,



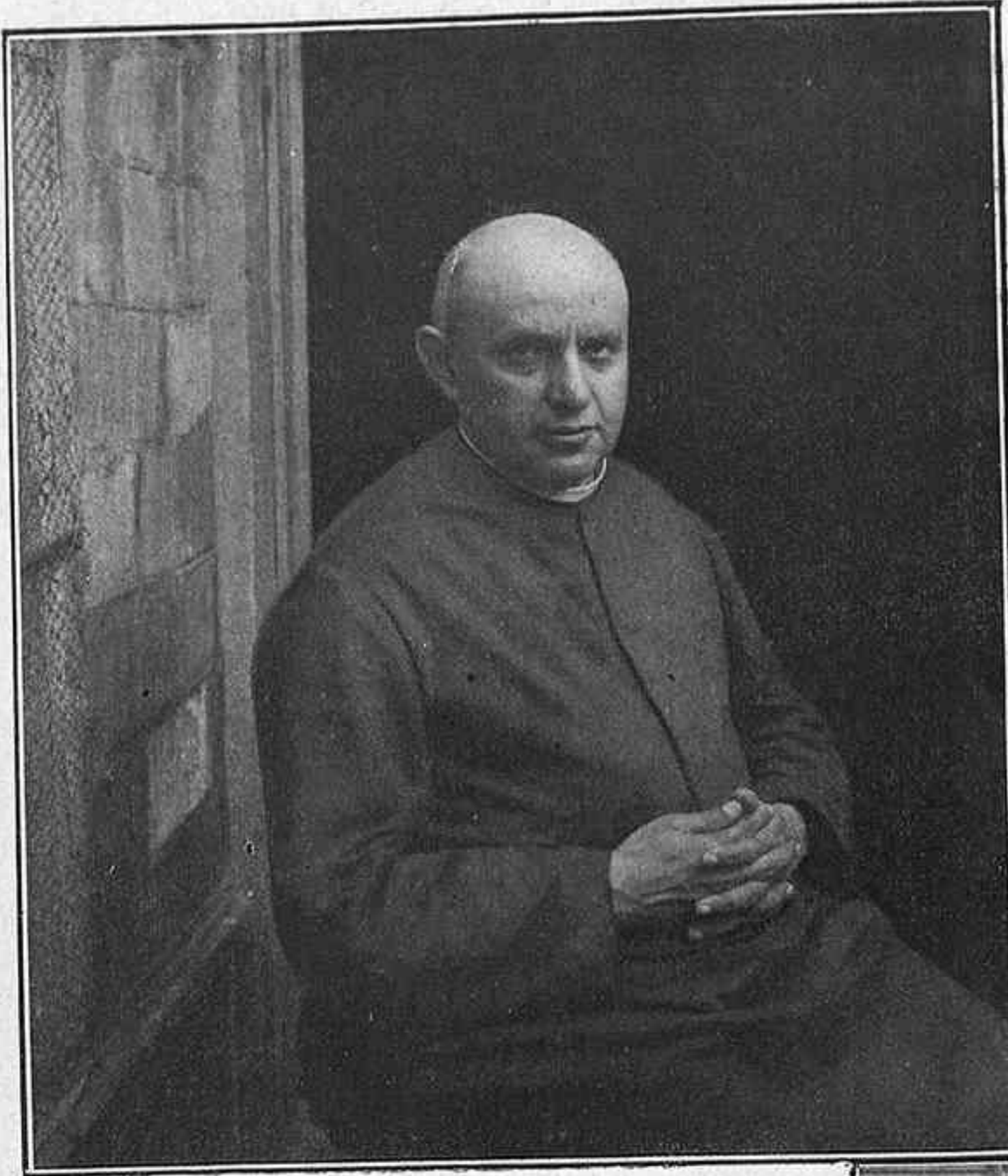
... la célebre bailadora de tangos lo acaparó



... su mirada sigue un pensamiento obsesionante que á nadie comunica

Por supuesto que ya no se hablaba del servicio militar, pues el agente se había comprometido á pagar las mil quinientas pesetas en tiempo oportuno; de suerte que Rafaelito podía abandonarse sin inquietud

á una rival, repitieron, sin perdonar un solo pormenor,



RDO. DR. D. ANTONIO M. ALCOVER, iniciador y presidente del primer Congreso Internacional de la Lengua Catalana.

todo lo que les habían referido de las hazañas de Rafaelito.

Carmela, cuando se vió sola, quedó abatida por su lacerante descubrimiento. Primero, la sorpresa y el horror embotaron su pensamiento; después, sintió de pronto en su corazón la mordedura de los celos. No se preguntaba si la habían abandonado; no lloraba por sus ensueños desvanecidos; únicamente estaba celosa.

Transcurridos algunos días de tales sufrimientos, sus amigas le anunciaron que los padres de Rafaelito estaban á punto de marcharse de la Algaba para establecerse en Sevilla, en donde su hijo había alquilado una casa en el paseo de Hércules.

A pesar de ese indicio, su fe prolongaba aún sus dudas; mejor hubiera sido para ella formarse un convencimiento, por penoso que fuera, ya que su incertidumbre era peor que la certeza más espantosa. Para salir de dudas, resolvió consultar con San Rafael, cuya imagen se venera en la iglesia de la Algaba.

Durante nueve mañanas iría con su hermanita á la parroquia; una vez en ella, arrastraríanse de rodillas desde la pila de agua bendita hasta la capilla del Arcángel, y al llegar allí rezarían la oración especial que enseña doña Perfecta, la maestra de escuela; después se sentarían en el suelo, inclinando el cuerpo á la izquierda ó á la derecha, según la inspiración celeste. Si la niña, que no conocería el objeto de la novena, se sentaba más veces á la izquierda que á la derecha, sería señal de que el Algabeño había olvidado á Carmela.

Realizóse el piadoso experimento, y la niña, bajo la mirada ansiosa de su hermana, sentóse cuatro ve-

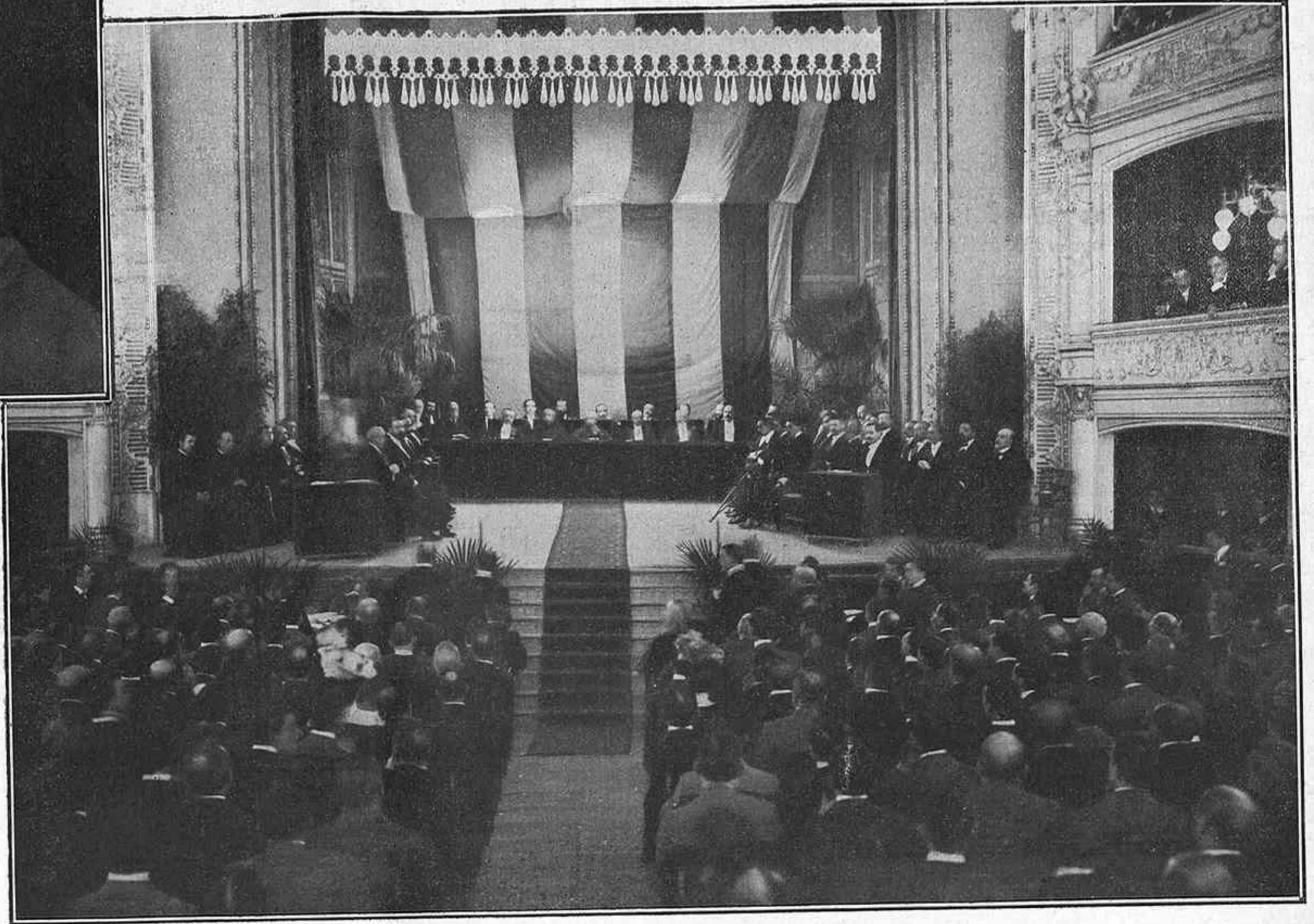
ces hacia la derecha y cinco hacia la izquierda; el Arcángel, pues, respondía categóricamente que Carmela no tenía novio.

No importa. Carmela quiere permanecer fiel á su amor, y aunque no pocos muchachos de la aldea se estimarían dichosos si pudieran recoger la sucesión de Rafaelito y prodigan las sonrisas y los requiebros á la abandonada, ésta ni siquiera se fija en ellos.

Continuamente ve Carmela la plaza de toros, la fulminante estocada, el toro derribado en tierra, el paseo triunfal de su ídolo que re-

EL PRIMER CONGRESO INTERNACIONAL DE LA LENGUA CATALANA

Ha sido un acontecimiento de gran importancia y de trascendencia suma el primer Congreso Internacional de la Lengua Catalana recientemente celebrado en nuestra ciudad; y lo ha sido tanto por los nobles y altos fines que movieron á sus iniciadores á celebrarlo y por las interesantes cuestiones que en él se han planteado y resuelto, cuanto por el grandioso entusiasmo que ha despertado en todas las tierras, aun



BARCELONA. — SESIÓN INAUGURAL DEL PRIMER CONGRESO INTERNACIONAL DE LA LENGUA CATALANA CELEBRADA EN EL TEATRO PRINCIPAL

corre el círculo de las entusiasmadas sevillanas. En su imaginación reproduciese la escena indefinidamente en todas las ciudades de España; en todas partes ve al mismo torero resplandeciente, las mismas mujeres

las más apartadas, en que se habla el catalán, y por la participación que en él han tomado eminentes filólogos de otras regiones españolas y del extranjero.

De toda Cataluña, de Mallorca, de Valencia, del Rosellón, de Provenza, de Alguer, ese rincón de Italia cuyos habitantes conservan casi intacta la lengua que allí llevaron los colonos de la confederación catalano-aragonesa, han acudido al llamamiento que se dirigiera á los amantes y cultivadores del idioma catalán. Pero no han sido solos los catalanes los que han colaborado á tan hermosa obra; á ella se han adherido, concurriendo personalmente ó enviando su representación: los Sres. Bonilla Sanmartín y Menéndez Pidal, catedráticos de la Universidad de Madrid; el eminente poliglota Menéndez Pelayo; el laureado poeta valenciano D. Teodoro Llorente; el Sr. Mancho, catedrático de la Universidad de Valencia; el doctor



BARCELONA. — PRIMER CONGRESO INTERNACIONAL DE LA LENGUA CATALANA. — INAUGURACIÓN DE LA EXPOSICIÓN DEL LIBRO EN EL PALACIO DE BELLAS ARTES

delirantes, y entonces se siente celosa, locamente celosa de todas las españolas. — MANUEL SORRA.

ta valenciano D. Teodoro Llorente; el Sr. Mancho, catedrático de la Universidad de Valencia; el doctor

Schadel, el joven y sabio profesor de la Universidad de Halle; Morel Fatio, el eminente romanista secretario de la «Ecole des Cartes,» de París; Sairoihandy, profesor del Instituto de Versailles; Augusto Brutails, director del Archivo de la Gironda, de Burdeos; José Calmette, catedrático de la Universidad de Montpellier; Foulché-Delbos, director de la importante *Revue Hispanique*, de París; Pagés, profesor del Instituto de la Rochela; Vidal, bibliotecario de Perpignán; Monseñor Carlesade, obispo de Perpignán; Zossimo Consigliere Pedroso, director de la Facultad de Letras de la Universidad de Lisboa; Teófilo Braga, Cándido de Figueiredo, González Vianna, ilustres filólogos portugueses; Guarnerio, profesor de la Universidad de Pavia; Counzon, profesor de la Universidad de Halle; Ciuffo, inspirado poeta algerés; Palombo, profesor de la población de Alger, y otros muchos.



BARCELONA. - PRIMER CONGRESO INTERNACIONAL DE LA LENGUA CATALANA. - GARDEN PARTY CELEBRADA EN EL PARQUE GÜEL EN HONOR DE LOS CONGRESISTAS

El iniciador del Congreso, el alma del mismo, ha sido el Rdo. Dr. D. Antonio M.^a Alcover, eminentísimo filólogo mallorquín, que ha consagrado por entero sus grandes talentos, su laboriosidad y actividad prodigiosas al estudio del catalán y á la confección del Diccionario de la Lengua Catalana.

No relatamos las tareas que en las seis sesiones celebradas ha realizado el Congreso; diremos únicamente que las tres secciones en que éste se ha divi-

dido, han estudiado de un modo profundo los más importantes problemas con la especialidad de cada una relacionadas.

La sesión inaugural se efectuó en la noche del 13 de los corrientes en el teatro Principal. Fué un acto solemnísimos en el que pronunciaron elocuentes discursos el Dr. Alcover y los Sres. Rubió y Lluch, Cornelio, Delbos, Bonilla y Sanmartín, Mancho, Casaponce y Palombo, que fueron entusiastamente aplau-

y en la que, junto al busto en relieve del inmortal poeta, se leen los dos versos que en su imponderable oda *A Barcelona* dedicó á aquella montaña.

Además se han dado interesantes representaciones de obras dramáticas catalanas en los teatros Principal y Romea y un notabilísimo concierto por el «Orfeo Catalá» en el teatro de Novedades, y se ha efectuado una brillante recepción en el Ayuntamiento.—S.

(Fotografías de A. Merletti.)

dados por el público que llenaba totalmente la sala.

En honor de los congresistas se ha organizado una notable exposición bibliográfica, en la que se ha reunido casi todo cuanto se ha escrito en catalán desde mediados del siglo XIX, y se han celebrado varios festejos.

En el hermoso Parque Güell efectuóse una *garden party* á la que acudió una concurrencia tan numerosa como distinguida; el espectáculo que ofrecían aquellas amplias avenidas, por las que millares de paseantes discurrían escuchando los cantos de varias sociedades corales y presenciando el baile de las típicas sardanas, excedía á toda ponderación.

Magnífico fué también el banquete celebrado en el Hotel Tibidabo, terminado el cual procedióse á la inauguración de una lápida erigida como homenaje á Verdaguer por la Sociedad anónima «El Tibidabo,»



BARCELONA. - PRIMER CONGRESO INTERNACIONAL DE LA LENGUA CATALANA - BANQUETE CELEBRADO EN EL HOTEL TIBIDABO EN HONOR DE LOS CONGRESISTAS



ENSEÑAR AL QUE NO SABE, CUADRO DE WALTER FIRLE, GRABADO POR WEBER. (Reproducción autorizada por la Sociedad fotográfica de Berlín).

ADELAIDA RISTORI

La eminente actriz italiana que hace pocos días falleció en Roma, había nacido en 29 de enero de 1822 en Cividale, en donde en aquella sazón representaban sus padres, modestos actores de una pobre compañía trashumante. A los cuatro años, Adelaida era aplaudida en la escena, y á los catorce figuraba en la compañía del célebre Moncalvo y dos años después entró á formar parte de la Real Sarda, que dejó en 1840 para ingresar en la de Romualdo Mascherpa.

Representó con gran éxito en Parma, en Liorna y en otras ciudades italianas, alternando en el repertorio dramático y en el cómico, y en 1846, estando en Roma, enamoróse de ella el marqués Capranica del Grillo, hijo del propietario del teatro en donde actuaba. La familia de él recurrió á todos los medios imaginables para impedir aquellos amores; pero la enamorada pareja resistió todas las persecuciones y venció todos los obstáculos, y en 1847 se unieron al fin en matrimonio.

Adelaida permaneció entonces cinco años alejada de la escena; pero transcurrido ese tiempo, volvió á abrazar la profesión que tanto la atraía, entrando de nuevo en la Real Compañía Sarda. En 1855 representó en París *Francesca da Rimini* y *Mirra*, obteniendo triunfos que con ser muy grandes fueron superados por el que alcanzó al año siguiente recitando la *Medea* de Legouvé, que la célebre Rachel no había admitido y que su autor hizo traducir al italiano para que fuese interpretada por la Ristori.

Desde aquel momento la genial trágica no tuvo rival en el mundo, y las más importantes capitales se disputaron el honor y el placer de admirarla. En 1857 estuvo en Barcelona y en Madrid. Una noche, representando en un teatro de la corte *Medea*, supo que había sido puesto en capilla un infeliz soldado á quien debían fusilar al día siguiente; en uno de los entreactos, la Ristori subió al palco de la reina doña Isabel II, sin quitarse el traje de escena, y arrodillándose á los pies de la soberana, pidióle con lágrimas en los ojos el perdón para el sentenciado á muerte. La reina accedió á sus súplicas y el reo fué indultado; y la Ristori conservó toda su vida, como una de las más preciadas reliquias recogidas en su carrera artística, la pluma con que doña Isabel había firmado el indulto.

¿A qué relatar minuciosamente sus posteriores éxitos? En Europa, en América, en todas partes, fué aplaudida con entusiasmo delirante, hasta que en 1885 se retiró de la escena, en la que no reapareció sino muy de tarde en tarde para tomar parte en funciones benéficas.

Los festejos que en su honor se celebraron en toda Italia en 29 de enero de 1902 para conmemorar el 80.º aniversario de su nacimiento, fueron una hermosa apoteosis de la trágica incomparable. Fueron además un homenaje de respeto á la virtuosa dama que con sus bondades, tan grandes como su talento,



ADELAIDA RISTORI, eminente trágica italiana fallecida en Roma en 9 de los corrientes.
(De fotografía de Carlos Abeniakar.)

supo captarse el cariño de los suyos y de los extraños, de la aristocracia que un día la rechazara y del pueblo que siempre la halló dispuesta á socorrer sus infortunios.

Bellas Artes.—BARCELONA. — El Ayuntamiento ha publicado el Reglamento de la V EXPOSICIÓN INTERNACIONAL DE ARTE que, bajo sus auspicios, se celebrará en el próximo año de 1907. La exposición se abrirá el 23 de abril y se cerra-

rá el 15 de julio, pudiendo, empero, la Comisión Ejecutiva prorrogarla si lo estima conveniente; se dividirá en salas regionales españolas, salas extranjeras y salas internacionales; en ella serán admitidas, previo examen del Jurado, las obras de pintura, dibujo y grabado, modelos de escenografía, escultura, grabado en hueco, reproducciones artísticas, industrias artísticas que no hayan figurado en anteriores exposiciones ni sido expuestas públicamente en esta ciudad. Cada expositor no podrá presentar más de dos obras por cada grupo, pero el Jurado podrá aceptar mayor número cuando la naturaleza del asunto lo exija ó circunstancias apreciables lo aconsejen. El plazo para la recepción de las obras será del 15 al 30 de marzo, á las seis de la tarde, y las obras habrán de ser presentadas en el Palacio de Bellas Artes por el expositor ó su representante debidamente autorizado. El presidente y diez individuos de la Comisión Ejecutiva, juntamente con diez artistas y artífices designados por la misma, constituirán el Jurado de admisión y colocación de las obras. El Jurado de recompensas se compondrá de seis vocales elegidos por los expositores de la sección de Bellas Artes, cinco elegidos por los de la sección de Industrias Artísticas, cinco individuos de la Comisión Ejecutiva y dos artistas extranjeros y dos nacionales, no residentes en Barcelona, que serán nombrados por dicha comisión y representarán á los expositores internacionales y de las demás regiones españolas. El Jurado de recompensas podrá conceder un premio de honor á la obra que estime digna de tal distinción, sea ó no enajenable; si fuere enajenable, el Jurado fijará, según su mérito y circunstancias, el precio y condiciones para su adquisición. El Jurado podrá además conceder medallas de 1.ª, 2.ª y 3.ª clase, no pudiendo exceder el número de premios del 5 por 100 de las obras expuestas en cada sección. También designará el Jurado, teniendo en cuenta la cantidad consignada en presupuesto, las obras premiadas con medallas de 1.ª y 2.ª clase que se considere conveniente adquirir con destino á los Museos Municipales.

Sobre el precio fijado por el artista á cada una de sus obras, la Comisión Ejecutiva percibirá, en caso de venta, el 6 por 100. El expositor no podrá declarar invendible una obra que conste como vendible en el boletín de admisión si antes no ha satisfecho á la Comisión Ejecutiva el 6 por 100 de su valor declarado.

Tales son las principales disposiciones del reglamento de la V EXPOSICIÓN INTERNACIONAL DE ARTE, cuyo éxito, á no dudarlo, superará al éxito brillantísimo que alcanzaron las anteriores.

FLEUR D'ALIZE Nouveau Parfum extra-fin.
VIOLET, 29, B^{IS} ITALIENS, PARIS.



BARCELONA. — PRIMER CONGRESO INTERNACIONAL DE LA LENGUA CATALANA. — RECEPCIÓN EN EL AYUNTAMIENTO EN HONOR DE LOS CONGRESISTAS

LA FUERZA DEL PASADO

NOVELA ORIGINAL DE DANIEL LESUEUR.—ILUSTRACIONES DE MARCHETTI

(CONTINUACIÓN)

Los dos se sentaron maquinalmente. Gerardo, con el codo apoyado en una mesa, se quedó mirándola. Al principio no distinguió Cristiana más que un fuego brutal en aquellos ojos fijos, atizados por el color rojo de la cara. Después, sus mejillas palidieron y sus pupilas se enturbiaron por una bruma semejante á las lágrimas. Gerardo murmuró:

—Vea usted, pues, cómo la amo... Podría hablarla como dueño y probar á usted que no puede ni debe pertenecer á nadie más que á mí... Y no me atrevo á decir á usted nada; estoy á su lado como un niño.

Cristiana se levantó; no había comprendido más que el sentido general de las palabras, y las suyas brotaron precipitadas.

—Esto es lo que yo temía. Pretende usted obligarme á escuchar tales cosas, pero yo no quiero. ¿Entiende usted?.. No quiero...

Se volvió y se dirigió hacia la puerta; pero oyendo unos pasos pesados detrás de ella, se detuvo rígida, estremecida y con los párpados medio cerrados.

—Gerardo, dijo, es usted un hombre cortés. Somos aquí dos mujeres solas, dos mujeres afligidas... Déjenos... Déjeme usted.

Una voz sorda le dijo casi al oído:

—¿Pero es posible, Cristiana, que su padre de usted no le haya hablado antes de morir?..

La joven se volvió rápidamente como herida del rayo, y sus ojos dilatados en su pálida cara interrogaron locamente.

—Aunque le cause á usted horror, ¿no tomará usted en consideración el deseo de su padre? ¿Negará usted que deseaba nuestro matrimonio?.. ¿No le dejó adivinar por qué?

Cristiana se quedó callada. Alguna cosa terrible trepaba hacia su corazón é iba á llegar á él. ¿Pero qué era? ¿De dónde venía? Sus pensamientos vertiginosos daban vueltas como en un torbellino. ¿Su padre?.. Sí..., su padre... Aquella idea sorprendida en él... ¿Cómo podía saberla Gerardo?

Gerardo volvió á preguntar:

—¿No le habló á usted el conde en ese sentido?

Los descoloridos labios de Cristiana formularon apenas esta sílaba:

—Sí...

La joven no sabía mentir; pero aunque hubiera sabido, su espanto ante el misterio hubiérale impulsado á convenir en lo que sabía para aclarar el resto. Con paso de sonámbula, volvió, pues, por sí misma al sitio que había ocupado, mientras que su cuñado ocupaba el suyo. Y entonces Cristiana, sobreponiéndose á la molestia intolerable que sentía hacia un momento ante el deseo amoroso, y no pensando siquiera en el ardor próximo de tal amor, dominada por entero por la trágica situación moral, dijo claramente:

—Convento en ello. Mi padre me dió la profunda sorpresa de parecer inclinado á favorecer un matrimonio entre usted y yo; sin embargo, se engañaría usted suponiendo que me expresó este pensamiento

como un deseo en su lecho de muerte. Fué objeto de una conversación bastante lejana, pero ante mi oposición absoluta, no insistió; no me dijo sus razones ni me volvió á hablar del asunto.

puso á pasear furiosamente por el cuarto. Después volvió plantarse delante de ella.

—¿Qué mal miente usted, mi pobre Cristiana!, dijo. La joven se dió cuenta de ello, y la humillación de

pensar que había llegado á ese caso, é inútilmente, hízola sublevarse por segunda vez. ¿Por qué sufría ella estas cosas? ¿Qué pesadilla era aquella? Púsose en pie de nuevo, pronta á marcharse.

—Y bien, dijo, ¿qué le importa á usted? No tengo para qué responderle. ¿Con qué derecho me habla usted como lo hace?..

Pero no acabó. Las palabras murieron en sus labios ante la expresión que tomó la fisonomía de Gerardo, que veía ahora la realidad de lo que había dicho hacia un momento: «Ama usted á otro.» En este momento preciso le penetraba el sentido de su propio grito, confirmado por la actitud de Cristiana. Una verdadera locura le extravió pasajeramente y cogió la muñeca de la joven.

—No puede usted honradamente casarse con nadie más que conmigo... No tengo que decir más que una palabra para dar á usted la prueba, su padre de usted lo sabía, y para evitar á usted el oír esa palabra deseaba nuestro matrimonio. Yo amo á usted... La amo... ¡Ah! Dios es testigo de que quisiera ahorrar á usted toda pena... ¡Pero no me tiene usted, no me tiene!.. ¡No me deje suponer que sueña con entregarse á otro!..

Gerardo se estremeció como bajo el peso de un sufrimiento físico. Pero, de repente, viendo desfallecer á la joven, que se caía en su asiento palpitante de espanto, Gerardo se cogió la frente con las manos y casi sollozó:

—¡Desgraciado de mí!.. ¿Voy á conducirme como un cobarde?

—Estoy esperando, dijo una voz triste, pero dulce. Y aquella voz repitió con más

firmeza: estoy esperando, Sr. de Sebourg.

Cristiana reunía todas sus fuerzas, nerviosamente tranquila, con los brazos cruzados y una cara tan blanca que daba miedo, con sus grandes ojos sombríos. Parecía un cordero que comprendiese lo que es el cuchillo del carnicero. Gerardo sintió remordimiento. Cristiana siguió diciendo:

—No puede usted negarse á esclarecer este enigma, cualquiera que sea; ha dicho usted ya demasiado. Por otra parte, ya comprendía yo que representaba usted para nosotros una amenaza; mi padre también lo comprendía, y esa fué la amargura de sus últimos días. Con tal que mi madre... En fin, diga usted... ¿Cuáles son sus armas? Uselas como le parezca, excepto para contar con que nunca seré su mujer.

—¡Oh!, gimió Gerardo; sin embargo...

Se arrodilló, levantó hacia ella las manos y la cara llena de pasión, aquella cara fuerte y sombría, que no sabía expresar los matices, pero magnífica de intensidad cuando se desencadenaba la tempestad interior. Un hombre así podía entusiasmar á una mujer, pero no á Cristiana, que tenía en el corazón el



— El arquitecto Sr. Le Bray, gran premio de Roma, y al que sería imperdonable que usted no conociera

—¿Pero le convenció usted?.. ¿Tuvo usted la certeza de que no lo deseaba?..

Hubo un silencio, durante el cual los ojos de Gerardo estuvieron fijos en los de Cristiana.

Por fin, la joven dijo, aunque débilmente:

—Mi padre me quería demasiado para desear mi desdicha.

El cuerpo de Gerardo se conmovió como el de un toro al que se pone una banderilla.

—¿Sería, pues, su desgracia de usted el casarse conmigo?

Ante la mirada elocuente de la joven, Gerardo estalló y dijo como en un rugido inesperado:

—Cuando me habla usted así, es que ama á otro...

Tal terror se apoderó de Cristiana, que sin reflexionar y como quien se guarece de un peligro mortal, protestó con un «¡No!» más rápido que su sincera voluntad. ¡Gerardo enfrente de Antonio!.. Esta perspectiva era superior á su valor.

De los párpados entornados de Sebourg salió una mirada de salvaje ironía. Se encogió de hombros y se

más delicado jardín de los sueños y que mezclaba con su ternura todas las sutilidades de su pensativa naturaleza. Además amaba, y aquel hombre atacaba á su amor. Cristiana se separó como de una cosa repugnante y odiosa de aquella cabeza inclinada hacia ella, cuya vehemente belleza no podía siquiera percibir y cuya angustia no le daba piedad.

—No, decía Gerardo con voz ronca, arrancándose, por decirlo así, las palabras de la garganta—aquellas palabras de las que no disponía fácilmente y cuya disciplina temía más que nunca—no, no me ordene usted que hable. No tengo nada que decir, sino que la adoro y que la deseo por mí, por mis hijos, por la justicia de las cosas y por su propio reposo... Usted no sabe... Es la verdad de la vida de todos nosotros. Su padre de usted sabía y veía nuestro casamiento como la solución de todo; así me lo dijo, se lo juro á usted... Su mismo testamento lo prueba.

—¡Su testamento!

—¡Oh, Cristiana, no me pregunte usted! Ya ve que estoy de rodillas para implorar su felicidad lo mismo que la mía. Sea usted mi esposa, sea la madre de Roberta y de Francisco, y nada podrá entonces alcanzarla... ¡Quiere usted tanto á esos pequeños!.. Y yo la amo á usted como un loco..., sí, como un loco...

Su delirio y su acción de aproximarse á ella exasperaron á Cristiana, que se volvió de hielo y lo desafió todo.

—Yo le obligaré á usted á ir hasta el fin de su cobardía, exclamó. Todo lo comprendo; me ahorrará usted alguna revelación desgarradora si le concedo mi mano; es una venta, pero yo no consiento en ella ni puedo consentir. Había usted adivinado, en efecto; amo á un hombre y me considero como comprometida con él; ahora, realice usted su villana acción.

La joven era injusta en su desprecio, que su acento convirtió en atroz. ¿Pero cómo no iba á serlo? El, que se defendía sinceramente contra la tentación más inaudita de cautivar como en una jaula de acero á aquella alma altiva y encadenar aquel destino que quería para él; él, que resistía con toda su energía á los impulsos de sus rudos instintos, sintió hasta en las fibras más profundas de su corazón el latigazo con que ella le laceró.

En un segundo estuvo en pie y detrás de una mesa, como si tuviera miedo de no contener una violencia física. Se cruzó de brazos, en los que se hundían sus uñas crispadas, y dijo:

—Usted lo ha querido. Sepa usted, pues, que hay un misterio en su nacimiento; usted es, según su estado civil, hija de los condes de Feuilleres; pero yo poseo documentos que me permiten exigir la rectificación de ese estado civil. Si mañana le intentase un pleito, que no puedo perder, no tendría usted ya derecho á llevar el nombre de su padre, y mis hijos serían sus únicos herederos.

Sebourg acababa de pronunciar esas terribles frases con una rotundidad de hachazos y una dureza, por decirlo así, mecánica. Todo lo que había en él de humano parecía desinteresarse de la obra cruel; pero apenas la hubo realizado se llenó de horror. No podía ya mirar la cara martirizada de Cristiana, y tapándose los ojos con la mano gimió:

—Me ha tratado usted de cobarde, y no lo soy. No intentaré ese pleito. ¿Pero qué diré á mi hijo cuando tenga edad para conocer sus derechos al título y al castillo de Feuilleres? ¿Podré impedirle que despoje á los de usted? ¡Ah! Cristiana, Cristiana, el cielo ha tenido piedad de todos nosotros el día en que ha permitido que yo amase á usted ciegamente... ¡Si usted hubiese querido!.. Hasta hubiera usted podido ignorar lo que tengo la horrible obligación de decirle. ¡Si usted hubiera querido!..

Se quedaron callados. Cristiana no había hecho un gesto ni una exclamación; en su estupor, ahora que no oía ya la voz de Gerardo, sentía dentro de ella misma otras voces que le traían una extraña convicción.

Recordó lo inexplicable y todo se iluminó con un lúgubre fulgor. Mil recuerdos pasaron por su memoria: su padre á su regreso de casa de Sebourg el día del entierro de Antonieta; había ido á pedirle cuenta de la dicha y de la vida de su hija mayor, y volvía amargamente resignado con esta palabra en los labios: «Olvidemos.» Oía el acento de Gerardo cuando al declararle ella por primera vez que no sería su esposa, le dijo: «Hace usted mal;» veía la cara de satisfacción de sus padres cuando pudieron creer que se casaría con su cuñado; recordaba el cuidado roedor que envenenó los últimos meses de la existencia de su padre, y algo de una evidencia más dolorosa y también más lejana; la melancolía incurable de su madre, su abnegación, su humildad, su piedad ardiente que parecía un largo arrepentimiento. El arrepentimiento... Su madre..., su santa... Aquella alma querida de dulzura y de bondad... ¡Oh! Dios...

Una temblorosa queja resonó en la intimidad de la pieza sombría y familiar, donde parecía que cualquier movimiento había de despertar el murmullo de antiguas confidencias en aquella tarde gris de otoño, entre los muebles de cuero de dorados pálidos.

—Señor de Sebourg, ¿puede mi madre padecer en todo esto?

Gerardo levantó la cabeza y dijo vivamente con la satisfacción de aparecer magnánimo:

—¿Me cree usted capaz de deshonorar á una mujer? Ya he dicho á usted que no intentaré ese pleito.

Un agudo sufrimiento desgarró á Cristiana. ¿Era posible que ella conociese semejante dolor? La deshonra de una mujer... Y se trataba de... No estaba soñando, era la realidad, el comienzo de una situación abominable que no tendría fin. ¿Iba á vivir dominada por esta idea y, acaso, por este temor positivo?... Jamás libraría de él á su corazón...

Aquello fué más poderoso que su voluntad, que su orgullo y que las claridades temibles que se imponían á su mente. Sus manos se retorcieron. Todo se quebrantó.

—¡Gerardo, piedad!.. Usted no es malo... Dígame que todo eso no es verdad.

Sofocáronla los sollozos, y Gerardo se acercó precipitadamente á ella, también llorando.

—¡Cristiana... Cristiana adorada!.. Perdón... Le he hecho á usted daño... Pero me ha enloquecido el oír que ama usted á otro. No quiero, no puedo ver á usted pertenecer á otro hombre... Y sé que no se casará con él si conoce la verdad... Es cierto..., todo es cierto. ¡Pero qué importa!.. Yo la adoraré tanto... Usted dirá: «Después de todo, ese pobre hombre...» Entonces consentirá usted y mis hijos serán suyos; así quedará todo reparado. Su madre de usted no sabrá jamás que yo he sospechado nada; hasta debe de ignorar que el estado civil de usted sea atacable. Yo explicaré á usted... No es más que una sutileza de la ley.

Gerardo continuó así, mezclando sus protestas con extrañas aspiraciones prácticas, atenuadas por torpes delicadezas. El embarazo de su táctica y de su lenguaje podía hacer creer que el sentimiento de sus intereses aguijoneaba singularmente su amor. Pero no era así. Solamente después de haberse enamorado de Cristiana, había echado de ver que aprovechando la situación y despertando los escrúpulos de aquella conciencia delicada, conseguiría sus fines. Sobre todo, no se trataba de él, sino de sus hijos, y no sólo de ellos, sino de la condesa. Por la tranquilidad de su madre y para que Francisco llegase á ser, según el orden legítimo de las cosas, conde de Feuilleres y dueño de la vetusta finca, la joven, una vez enterada, aceptaría el ser la señora de Sebourg. Cristiana le rechazaba y él tenía un medio infalible para conquistarla; Gerardo se servía de ese medio, simplemente porque su pasión no le hubiera permitido el no hacer uso de él.

Hacía mucho tiempo que su esposa y él, en su animosidad contra la condesa Adriana, habían reconstituido la novela de la boda de ésta con el conde. Aquella pobre Antonieta, tan trágicamente muerta en la cacería, no era solamente la víctima, ya sustraída á los juicios severos de los hombres; había poseído una personalidad muy positiva y muy sagaz. Su odio por la segunda mujer de su padre se alimentaba de indicios precisos, falsamente interpretados, pero como era fatal que ella los interpretase. Aquella historia de familia la conoció Gerardo por ella, á quien hacía sufrir en sus sentimientos, y él la acogió como una persona á quien tal suceso debía hacer sufrir en sus intereses. Ciertos datos poco claros parecían autorizar su malevolencia, que se agrió dándole vueltas en la cabeza. Y cuando el azar puso á Sebourg en el caso de poner en claro los puntos dudosos de la aventura, nadie hubiera puesto en ello más áspere perspicacia.

He aquí lo que reconstituyó, y que era perfectamente exacto, sin que descubriese las circunstancias atenuantes que él mismo hubiera admitido á pesar de sus prevenciones, pero que ninguna boca le había de revelar.

Si el conde de Feuilleres se había casado en el extranjero y muy prontamente después de la muerte de su primera mujer, era que no había esperado que ésta desapareciera para hacerse amar por Adriana, una Feuilleres como él, prima pobre de la que ciertos obstáculos le habían separado en su adolescencia, pero de la que siempre se había acordado. Había cometido la imprudencia de llamarla á su vida íntima para cuidar á la que se moría á su lado de un mal que el mundo creía una enfermedad de ánimo.

Así, pues, en la segunda boda eran dos culpables los que se unían, dos cómplices que legalizaban su falta. De esa falta acababa de nacer en secreto una niña, que era Cristiana. Reconocida por sus padres, legitimada por su matrimonio y educada en aquel

castillo de Feuilleres donde el conde encerraba celosamente una dicha no exenta de remordimientos, aquella niña no parecía que hubiera de sufrir nunca las consecuencias de una aventura que aparentemente no las tenía. La dimisión del conde, largos viajes y el retiro final habían embrollado ó borrado tan bien las cosas, que no había quedado en los ecos públicos ningún rumor desagradable ni las malas lenguas habían encontrado cebo.

Sólo Antonieta, que tenía unos diez años cuando el nacimiento de su hermana, pensó sin cesar en unas circunstancias que la herían y que más adelante juzgó singulares. El culto que Antonieta consagraba á su madre muerta era muy natural, así como lo era que ignorase hasta qué punto el objeto de ese culto estaba lejos del ideal concebido por su infantil cariño.

En efecto, si algo podía justificar la infidelidad del conde, eran los tormentos que su primera mujer le había causado; la ligereza de aquella frívola criatura y el no haber comprendido el noble carácter de su marido, hubieran bastado para hacer á éste muy infeliz. Pero hubo mucho más; la condesa se enamoró tan locamente de un capitán del regimiento en el que Feuilleres era entonces jefe de escuadrón, que su escabroso idilio rayó en el escándalo público.

El capitán permutó por orden, pero no enteramente contra su voluntad, pues no manifestó más que un pesar muy moderado, y la mujer de quien se le separaba tomó una dosis de veneno, y creyéndose á punto de morir, declaró á su marido que su desesperación de amor, no el remordimiento, le impulsaba al suicidio. El conde, aun después de este atroz cinismo, tuvo la abnegación de hacer todo lo posible para salvarla, y lo consiguió, al menos por el momento. La droga absorbida le destruyó el estómago, y la desgraciada arrastró una vida lamentable, sin poder alimentarse más que á costa de los más crueles sufrimientos y necesitando un cuidado de todos los instantes. Como el comandante de Feuilleres, á pesar de su magnánima grandeza, no podía ejercer ese cuidado, tuvo la idea de recurrir á su prima Adriana, sola en el mundo, y á quien una situación precaria obligaba á buscar un empleo que no la rebajase. Adriana se presentó; su presencia al lado de la enferma permitió al esposo burlado desinteresarse de la mujer que le había hecho sufrir atrozmente y hasta dejar de verla. Así pudo conseguir que se calmasen las irritantes llagas y casi olvidar que su vida estaba unida á la de una criatura indigna. Pero desde aquel momento se desarrollaba á su alcance algo muy dulce y muy consolador. Los corazones desgarrados resisten menos á la influencia de la dicha; ese soplo delicioso penetra en ellos por todas las salidas por donde se escapa la sangre. Cuando se ha llorado hasta la última lágrima, la reacción hacia la alegría es muy viva; se es capaz entonces de inventar la felicidad. ¿Qué ha de pasar cuando se la encuentra en una concordancia perfecta con nuestras aspiraciones?

El conde y su prima se amaron mucho tiempo sin confesárselo y se defendieron valientemente contra ese amor hasta que ya no pudieron callarlo. Pero llegó un día en que la ocasión fué demasiado insidiosa y el vértigo demasiado irresistible. Y fueron débiles... Pocas semanas después Feuilleres se encontró viudo y libre; pero lo irreparable se había realizado. La terrible esperanza de ser madre consternaba y encantaba á Adriana.

Fácil es pensar con qué colores pintaba Antonieta de Sebourg aquel drama, del que ella suponía que su madre había sido la víctima inocente. Jamás en las palabras ni en las intenciones sobreentendidas de su padre ó de la segunda condesa pudo ver que aquella supuesta víctima hubiera merecido su suerte. Por otra parte, esa noción no hubiera entrado en su corazón filial. Antonieta conservaba un vago y poético recuerdo de la linda criatura que la había traído al mundo, y en su adolescencia de huérfana sentimental besaba los retratos que se la recordaban y lloraba al pensar que su madre había conocido los horrores de la traición doméstica mientras agonizaba en el lecho del dolor.

Apenas casada, saturó á Gerardo de esa leyenda, y aquel joven sencillo y fácilmente impresionable se encontró pronto en un estado de alma que correspondía á tales noticias. Se sentía además mal dispuesto hacia la segunda esposa de su suegro, porque, sin ella, todos los bienes del conde, y sobre todo el magnífico castillo, hubieran ido á él íntegramente. Un yerno, por muy generoso que sea, no ve escaparse la mitad de semejante herencia sin alguna contrariedad, sobre todo cuando se cree perjudicado por el desorden y la intriga.

Tales fueron las influencias que hicieron á Sebourg examinar más de cerca aquella antigua historia, y á fuerza de pensar en las fechas, le asaltaron algunas

dudas. Se puso en campaña, hojeó los libros del estado civil, y encontró, no sólo todas las partidas de defunción, de matrimonio y de nacimiento, sino las transcripciones a Francia de los papeles que habían sido expedidos en el extranjero. Y cuando tuvo aquellos papeles en la mano y los compró—lo que ocurrió muy poco antes de la muerte de Antonieta,—adquirió la certeza de que Cristiana había nacido menos de ciento ochenta días después de la muerte de la primera condesa. Estaba, pues, en la categoría de los hijos cuya legitimación no admite la ley francesa. Si esa legitimación estaba inscrita al margen de la partida de matrimonio de los padres, era por consecuencia de un error ó más bien de un fraude fácil y ligero. Los señores de Feuilleres habían hecho el reconocimiento de su hija en el extranjero, y no pidieron la autorización de añadirla a su partida de casamiento en Francia hasta algunos años después, con pretexto de omisión y rectificación de estado civil. Los empleados de la administración no se ocuparon en contar los días de una viudez anterior, viendo una partida de matrimonio en toda regla. Ni siquiera se suscitó la cuestión, que no podía salir ahora á luz más que con gran ruido y con todo el aparato de la justicia.

No era en causar ese espantoso escándalo en lo que pensaba Sebourg cuando, en su cruel explicación con su cuñada, le resumió los hechos y le propuso enseñarle los papeles. En estricto derecho podía abrir el debate, y cuando decía que sus hijos le pedirían, acaso, mañana, cuenta de su abstención, establecía una probabilidad que no tenía nada de quimérica.

Pero corrigió en seguida el duro argumento con dos consideraciones: la primera que sus hijos no tenían probabilidad de conocer jamás una falta legal, tan oculta, que los mismos legistas tenían que ser muy avisados para descubrirla; la segunda, que no admitía que unos seres que tenían su sangre pudiesen cubrir de lodo un nombre que era el de su madre, deshonor á una mujer y despojar á su tía, tan cariñosa para ellos, sólo por una cuestión de dinero. Había ciertamente otra cosa que el interés; había aquel noble castillo de Feuilleres y el título que llevaba anejo. Francisco podría un día écharlos de menos sin bajeza, pero no podría hacer valer sus derechos sin villanía. Todo seguiría, pues, en el mismo estado—concluía Sebourg,—aun en contra de los últimos deseos del conde de Feuilleres. Éste había visto el callejón sin salida y había considerado como un acto de necesaria justicia y de inevitable prudencia el matrimonio de su segunda hija con el marido de la primera. Era el solo medio de dejar ignorar á Cristiana una verdad desagradable, de facilitar, si no de asegurar (en el caso de que no hubiera más hijos) la restitución de la herencia entera á los descendientes de Antonieta, y de borrar todo rencor del corazón de Gerardo por el don magnífico de la que amaba. Cristiana no podía negarse á sí misma que su padre había tenido esos pensamientos, y, mirándolo bien, veía la huella en la forma especial del testamento; el conde no había podido manifestarlo más claramente, ahora se veía por qué.

A todo esto, las horas habían pasado durante esta conversación martirizadora; la proximidad del crepúsculo llenaba de sombras la antigua pieza, ya bañada de recogimiento. Los dos infortunados que habían removido allí tantos sufrimientos y que se habían mortificado mutuamente, se callaban al fin, con el alma sumida en una horrible angustia y la boca llena de un sabor amargo. Una sorda vergüenza y una irresistible repugnancia les oprimía la garganta... Habían entreabierto en ellos y en sus allegados los profundos escondites en que se elaboran los móviles de nuestra conducta y veían vagamente el fondo nauseabundo de la naturaleza humana, como si, bajo las rosas de un cementerio, se hubiera abierto la fosa donde se descompone el cadáver que alimenta los tallos, las raíces y el esplendor de las flores.

Cristiana se levantó.

—Tengo que ir á buscar á mi madre; temo que se alarme. Ya diré á usted mi resolución.

—¿Me perdona usted?, dijo Gerardo en voz baja. ¿Puedo conservar una esperanza, por débil que sea?

—Ninguna, contestó rotundamente Cristiana; ninguna en cuanto á mi corazón y á mi persona. En cuanto á la herencia, es otra cosa.

Y después de este insulto y del enigma de esta última frase, lanzada con sonrisa desdeñosa, Cristiana se marchó.

Gerardo no se encontraba en pleno bosque, como cuando recibió otra decepción menos categórica, y no pudo partir un árbol. Así, pues, su furiosa desesperación, sin salida entonces, estuvo para ahogarle. Se arrancó la corbata y el cuello, y su garganta se hincho de imprecaciones que no se atrevía á gritar. Finalmente se desplomó sobre una mesa y escondió entre

las manos la cabeza, que oscilaba al ritmo de sus sollozos, mientras murmuraba muy bajo:

—Es á Antonio á quien ama... Ya lo sospechaba yo... ¡Ah! Por lo menos no se casará con él... No, la conozco, ahora que lo sabe todo, no se casará...

Mientras aquel hombre infeliz, lacerado de pasión, se sublevaba contra su suplicio, Cristiana inclinaba bajo el suyo las débiles espaldas. Para sentir su alma levantarse hasta el valor necesario, alzó la cabeza y fijó los ojos en el cielo. El gesto físico apoyaba el esfuerzo interior. Subió las escaleras, á través de varias habitaciones y llegó á la de su madre. Cuando abrió la puerta se quedó aterrada al ver el precipitado ardor con que su madre volvió hacia ella una cara contraída de aprensión. La viuda estaba sentada á la luz moribunda de una ventana; sus manos pálidas temblaban sobre su traje negro; su frente y sus mejillas estaban del color de su cabello, recientemente encanecido hasta volverse blanco. Ciertamente, su hija la había visto dolorida en su terrible duelo, pero nunca con aquella expresión desesperada ni con aquel miedo en el fondo de las miradas. El corazón de Cristiana se anegó en una piedad y en un amor infinitos.

—Perdóname, mamá querida, por haberte dejado tanto tiempo sola.

—¿Has visto á Sebourg?, balbució la madre.

—Sí, hemos hablado un momento, dijo la joven en un tono que logró hacer tranquilo.

—¿Qué tenéis que decirnos?

—Muchas cosas para el arreglo de nuestra vida y la educación de los niños. Figúrate, teme que estemos solas en este castillo, que se va á quedar tan triste.

—Lo será menos cuando su cara sombría no esté más aquí, observó la condesa.

—¡Oh!, mamá, no seamos injustas precisamente en el momento en que él se muestra conciliador.

—¡Conciliador!.. ¡Él!.. ¿Es verdad?

¡Qué alivio había en aquel grito! Cristiana afirmó:

—Te lo aseguro.

—Temía tanto, dijo la condesa, que te hiciera sufrir...

Cristiana se arrodilló; puso tiernamente la mejilla en el hombro de su madre y levantó hacia ella sus hermosos ojos tranquilos.

—¿Qué sufrimiento puede causarnos?.. ¿No tenemos nuestro grande y querido dolor?

Por aquella encantadora y dulce cara pasó un aliento. La condesa decía muy bajo.

—Tu padre ha muerto y es sagrado para ti; pero, á mí que estoy viva, ¿me quieres tanto como antes?

—Mil veces más, mamá querida.

Adriana rompió á llorar abrazando á su hija; sus lágrimas eran de alegría, pues estaba segura de que Gerardo no sabía nada ó nada había dicho si sabía. Y las dos delicadas formas negras, cuyas caras clareaban en el crepúsculo, permanecieron abrazadas, mientras la lluvia dejaba de azotar los árboles del antiguo parque y, entre las ramas despojadas, brillaba al Oeste un largo reguero de oro en el sitio por donde se hundía el sol bajo las pasadas nubes moradas.

X

—¡Calla!.. ¡Vaya una casualidad!..

Francisca Valtin lanzó esta exclamación al ver dirigirse hacia ella una silueta conocida que subía por el abrupto y fresco sendero cortado por escalones rústicos.

La cabeza que dominaba á esta silueta se levantó, y, debajo de las alas del sombrero de paja, apareció la cara elegante y nerviosa, los ojos sombreados y la barba negra y cortada en punta de Antonio Le Bray...

La presencia inesperada de aquel buen mozo animó en seguida á la alegre mundana. En otro tiempo, en Otheval, le había gustado mucho y, sin duda, se hubiera arreglado para hacérselo ver si no hubiera sido por la locura que se había apoderado de ella por Gerardo, el capricho vertiginoso, único sentimiento que nunca podría darle la ilusión de la gran pasión y que la había tenido fascinada unos cuantos meses por el gigante soberbio, indiferente y brutal.

Sin volver de su sorpresa, exclamó de nuevo:

—¡Pero mire usted que encontrarnos aquí!.. ¡Es insensato!.. ¿De dónde cae usted así, mi querido Le Bray?

—No caigo; subo, dijo el joven sonriendo, y más de prisa desde que he visto á usted en lo alto de esos escalones, señora.

Antonio se descubrió inclinándose, ya en la rocosa meseta. Y, en el acto, sin tener tiempo de reflexionar, con su flexibilidad de parisiense, se puso en armonía con el tono alegre de la joven, sospechando por el aire de ésta, por su traje y, sobre todo, por el aspecto de un segundo personaje, que los recuerdos trágicos hubieran estado fuera de tiempo.

Y, sin embargo, la vista de Francisca había despertado esos recuerdos de un modo fulminante. Le

parecía que era ayer el día, aún no hacía un año, en que se había estremecido mirando la inquietud, luego la ansiedad y, después, el espanto alterar horriblemente aquellas lindas facciones. No la había visto desde entonces y seguía asociando con ellas el reflejo de la catástrofe. Antonio creyó encontrar instantáneamente en aquellas pupilas de un verde luminoso las imágenes vertiginosas y sangrientas, el ataque de los odios feroces provocados por su llama perversa, la escapada al abismo de las máquinas dementes, los miembros y los cráneos aplastados y el estupor inmóvil de los cadáveres. Ahora veía aquellas facciones chispeantes de vanidad y de alegría; leíase en ellas una satisfacción sensual y egoísta de ser ella misma y de vivir, que la hacía provocadora é irritante. Nunca había tenido mejor aspecto. Su belleza—con un no sé qué ficticio que dependía del arreglo más que de la perfección plástica ó de la expresión—se irradiaba en un nimbo de claridad. Llevaba un precioso traje blanco, uno de esos trajes flexibles y sencillos, cuya hechura es una obra de paciencia y de arte y cuyos encajes incrustados valen un dineral. Sobre las lustrosas ondulaciones de sus rubios cabellos sobresalía una capotita de paja de arroz con ramos de violetas de Parma blancas y moradas. La sombrilla era de este mismo color, y ese matiz delicado, combinado con el blanco, marcaba todavía una vaga intención de luto.

Entre sus labios de carmín apareció el nácar de sus dienteitos regulares cuando se volvió sonriéndose hacia un joven demasiado guapo, demasiado moreno, demasiado bien puesto, con un bigote exageradamente retorcido y un aire arrogante y zalame-ro. Francisca le presentó:

—El arquitecto Sr. Le Bray, gran premio de Roma y al que sería imperdonable que usted no conociera ya, querido César, pues mañana será célebre. El príncipe César Cesalpino, mi prometido. (Los claros ojos verdosos se volvieron hacia Antonio con tranquila malicia.) Todavía no es oficial, y pedimos á usted el secreto hasta el fin de mi año de viudez.

No pareció creer que Antonio pudiera concebir alguna sospecha sobre la pureza de su noviazgo, que parecía realizarse tan conyugalmente. O, por lo menos, no pareció hacer caso de tal cosa. Se echó á reír con gran franqueza mientras decía:

—¡Y pensar que nos creíamos ocultos en este rincón perdido de la costa! Jamás hubiéramos creído encontrar á nadie. Pero, en fin, ¿cómo es que está usted aquí?..

A pesar de la afectación que ella ponía en todo, su sorpresa era sincera y motivada. El sendero en que se encontraban los tres descendía en ángulo desde el único hotel del cabo de Aggio hasta la estación de la Turbie, último punto de parada antes de Monte-Carlo, viniendo de Niza. Es un sendero privado que conduce también al mar, pues el estrecho promontorio en cuya cima se encuentra la inmensa posada del *Paradise Hotel*, baja bruscamente hasta el Mediterráneo, y la vía férrea, al ras de las olas, ha sido conquistada por la roca.

No se puede imaginar sitio más delicioso que aquel en que Antonio acababa de encontrar á la pareja. El sol provenzal de febrero desgastaba allí su fuerza á través de suntuosas enramadas, de quitasoles aterciopelados de pinos, de las ramas dentadas de las carrascas, de las orlas móviles de los helechos. Aquel pintoresco desorden de rocas se erguinaldaba de plantas floridas, y, en los huecos en que se amontonaba un poco de tierra, de sábanas de violetas y de narcisos. Todas las formas tomaban más gracia, todos los colores se hacían más vivos al destacarse sobre el profundo azul del mar. El menor soplo de aire removía perfumes. Mas allá de las dependencias del hotel, un poco debajo de su bosquecillo medio silvestre, se descubrían jardines de quintas, de un cultivo más amanerado, pero tan risueños con sus terrados, sus ligeros pórticos, sus cascadas, sus grupos de naranjos, limoneros y palmeras, sus cortinas de rosas y geranios y los penachos de oro de sus mimosas.

Antonio designó una de aquellas lindas casas de estilo compuesto, coronada de balaustres y de una elegancia florentina, con su galería de columnitas.

—Vea usted, señora, una cosa cruel para mi vanidad; todas estas villas del cabo de Aggio, que pertenecen á una misma sociedad, son obra mía. Uno de los caminos que entre ellas se abre lleva mi nombre. ¡Y no vuelve usted de su asombro por encontrarme aquí!..

—¡Bah! Presento á usted mis excusas...

Francisca miró con sus impertinentes.

—¡Pero es encantadora esta bombonera! Prefiero esto á las torres con almenas que restauraba usted en Otheval. Cesar mfo, tenemos que comprar una de estas casas. Pero, á propósito de Otheval, diga usted, Le Bray, ¿no trabaja usted allí?

(Continuará)

PARÍS.—GRAVES DESÓRDENES

EN EL HIPÓDROMO DE LONGCHAMP

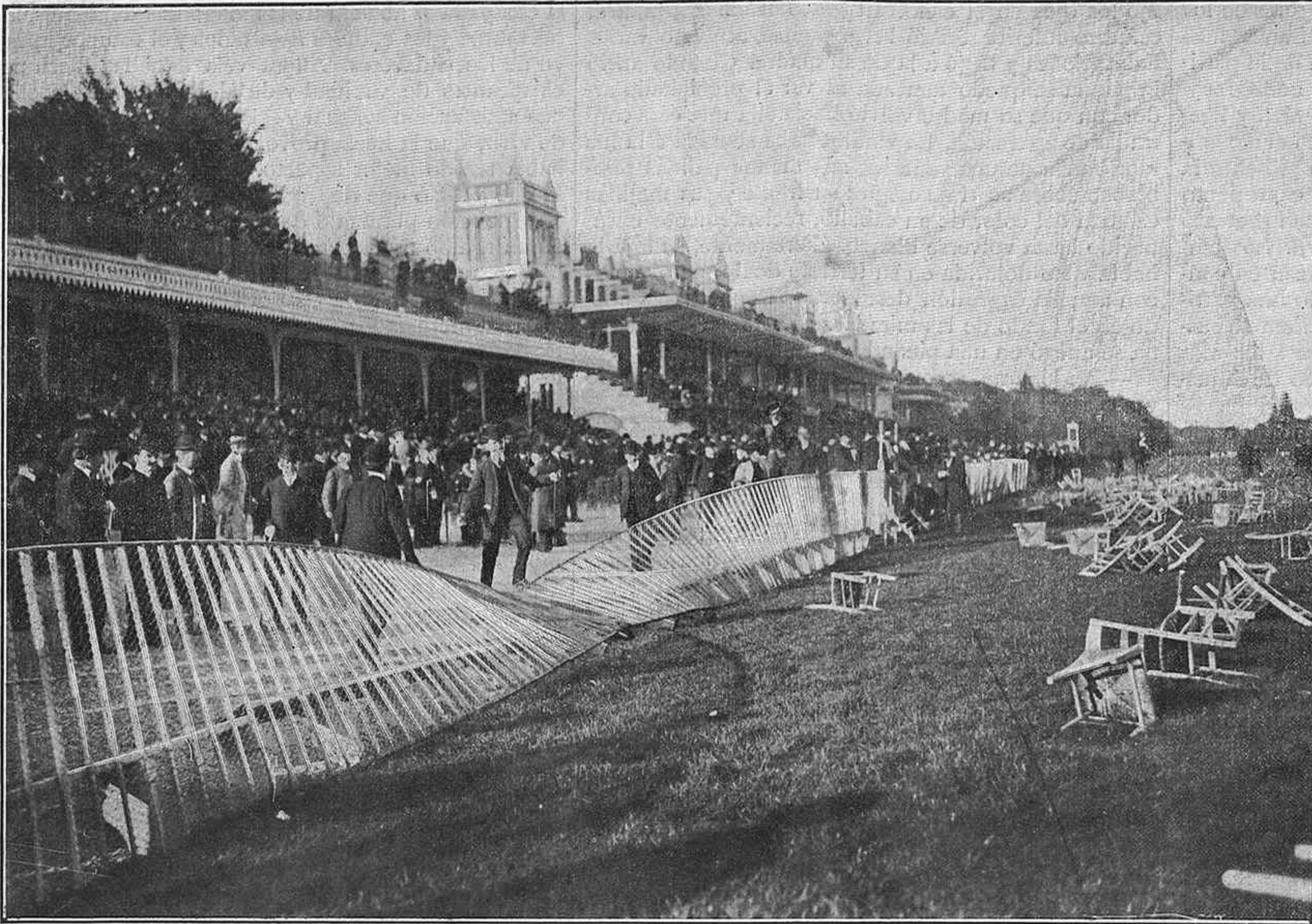
En la tarde del domingo, día 15 de los corrientes, ocurrieron graves desórdenes en el hipódromo de Longchamp. Ibase á efectuar la tercera carrera; diez

ron de los fondos que éstos guardaban y que ascendían, según parece, á unos 100.000 francos.

No terminó aquí el escándalo, sino que aquellos energúmenos incendiaron todo cuanto habían destrozado, produciéndose en un momento gran número de hogueras, alimentadas en gran parte con el petróleo de los automóviles.

Los destrozos causados se estiman en 250.000 francos.

La prensa parisiense unánimemente censura con las frases más duras tales hechos, que desdichadamente de una población culta como la de la *Ville lumière*.



PARÍS.—GRAVES DESÓRDENES OCURRIDOS EN EL HIPÓDROMO DE LONGCHAMP EL DÍA 15 DE LOS CORRIENTES. EL PÚBLICO ROMPIENDO LAS VALLAS. (De fotografía de M. Branger.)

caballos estaban formados esperando la señal. Dió ésta el *starter*, pero algunos caballos echaron á correr antes de que el aparato acabara de funcionar; algunos jockeys, creyendo que había habido una equivocación, no se movieron, al paso que otros partieron, bien que reteniendo sus monturas como si vacilaran acerca de la validez de la salida. En una palabra, hubo gran confusión que vinieron á aumentar los gritos del público.

A pesar de esas circunstancias anómalas, se dió por válida la salida. Entonces los espectadores de una de las tribunas comenzaron á protestar ruidosamente, no tardando en unirse á su protesta la no menos ruidosa de los de la *pelouse*. Muy pronto los agentes de la seguridad fueron impotentes para conservar el orden; la gente invadió la pista reclamando á gritos la anulación de la carrera y la devolución de las apuestas mutuas; y al ver que sus reclamaciones no eran atendidas, recurrió á la violencia, destrozando cuanto hallaba á su paso.

La valla que separaba el pabellón de la pista fué arrancada y sus barrotes, junto con sillas y otros objetos, arrojados al aire á manera de proyectiles; los municipales, algunos agentes y unos cuantos soldados trataron de contener á la multitud y de proteger el *pesage*; pero era ya tarde. Un grupo numeroso de revoltosos habíase hecho dueño del hipódromo, y aprovechándose de la insuficiencia de la policía y del desorden, asaltó los pabellones de las apuestas mutuas.

El espectáculo fué indescriptible; los pabellones quedaron en un momento derribados, y los revoltosos, después de agredir á los empleados, se apodera-

El pánico se apoderó del público pacífico, que no se tranquilizó hasta que la llegada de algunas tropas y de una sección de bomberos puso fin al tumulto,

de cerveza, 473.700 botellas de agua mineral, 165.420 kilogramos de café, 10.800 kilogramos de cacao y chocolate y 1.181.000 cigarrillos.



PARÍS.—GRAVES DESÓRDENES OCURRIDOS EN EL HIPÓDROMO DE LONGCHAMP EL DÍA 15 DE LOS CORRIENTES. LOS PABELLONES DE LAS APUESTAS MUTUAS INCENDIADOS. (De fotografía de M. Rol y C.ª)

practicando varias detenciones y extinguiendo los incendios.

Varias personas resultaron heridas.

Durante el citado año la flota recorrió 5.732.000 millas marinas, transportó 449.000 pasajeros y gastó 27.500.000 francos de carbón.

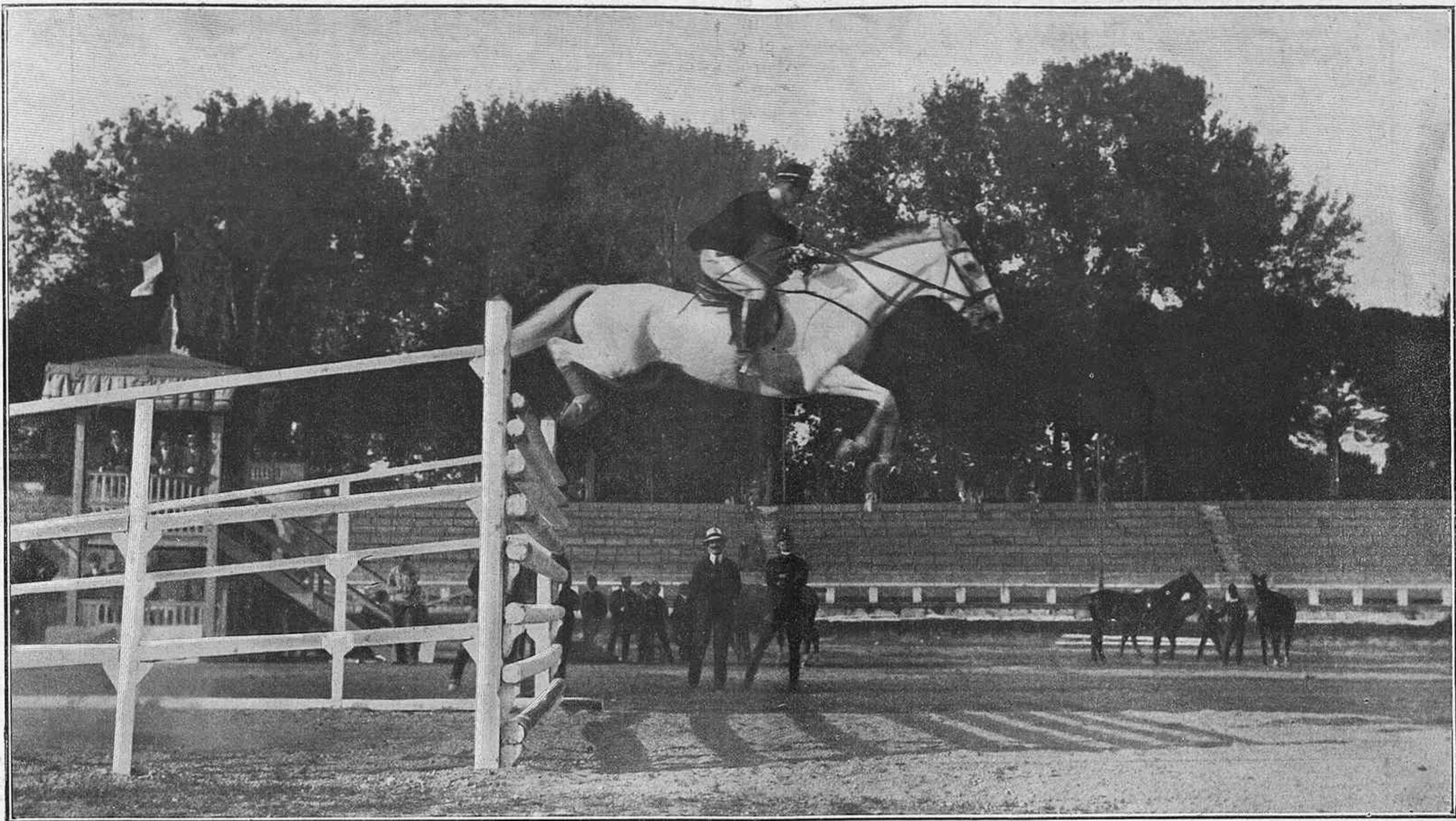
LO QUE SE CONSUME

Á BORDO DE LA FLOTA DEL

NORD-DEUTSCHER-LLOYD

La flota de la compañía alemana «Nord-Deutscher-Lloyd» es la flota mercante mayor del mundo. Comprende 82 transatlánticos, 46 vapores para el servicio de las costas indochinas, 2 buques escuelas y 167 barcos alijadores y carboneros, y hace el servicio de 37 líneas: 5 á la América del Norte, 4 á la América del Sur, 1 á Cuba, 2 al extremo Oriente, 2 á Australia, 3 al Mediterráneo, 16 de cabotaje é interinsulares en Oriente y 4 en Europa.

A bordo de esa flota se consumieron durante el año 1905 las siguientes vituallas: 79.000 quintales de carne procedente de matadero, 13.000 bueyes, 14.200 puercos, 7.000 terneras, 16.000 carneros, 564.000 aves, 59.000 piezas de caza, 424.500 kilogramos de manteca, 1.102.000 litros de leche fresca, 61.000 botellas de leche esterilizada, 4.900 latas de leche condensada, 5 millones de huevos, 144.500 quintales de patatas, 70.000 quintales de pan y de harina, 272.500 botellas de vino (46.700 de champaña, 93.200 de vino tinto y 132.600 de vinos del Rhin y del Mosela), 27.274 botellas de coñac, 17.870 de vinos de postres, 54.495 de vinos generosos, 1.820.450 litros



MILÁN. — CONCURSO INTERNACIONAL HÍPICO CELEBRADO CON MOTIVO DE LA EXPOSICIÓN. — EL CABALLO VENCEDOR «VISSUTO», PROPIEDAD DEL TENIENTE CONDE DE ARRIVABENE Y MONTADO POR EL TENIENTE CAPECE, EN EL MOMENTO DE DAR EL SALTO DE 3'20 METROS. (De fotografía remitida por Hutin, Trampus y C.ª)

Cada día toma mayor desarrollo el deporte hípico, que ya no se limita a las carreras de caballos, sino que se desenvuelve en otros ejercicios, quizás menos brillantes que aquéllas, pero seguramente de mayor utilidad práctica. En todos los ejércitos de las grandes naciones, la caballería realiza incansables esfuerzos para utilizar el caballo en empresas que antes se consideraban punto menos que imposibles, y así en las ascensiones y descensos de grandes pendientes, como en el cruce de los ríos y en los saltos de abismos y alturas, se han conseguido resultados maravillosos.

La caballería italiana es, sin duda, la que más sobresale en esos ejercicios, realizando verdaderos *tours de force* que nos parecerían increíbles si las instantáneas fotográficas no demostraran su realidad. Recientemente en el concurso internacional celebrado en Milán, con motivo de la exposición, y en el que han tomado parte los más notables jinetes de distintas naciones, ha obtenido Italia un nuevo triunfo; el caballo *Vissuto*, propiedad del teniente conde de Arrivabene y montado por el teniente Capece, ha ganado el primer premio saltando con admirable limpieza, según puede verse en la fotografía que reproducimos, una valla de 3'20 metros.

HARINA LACTEADA NESTLÉ

Contiene la mejor leche de vaca.

Alimento completo para niños, personas débiles y convalecientes.

REMEDIO DE ABISINIA EXIBARD

En Polvos, Cigarillos, Hojas para fumar

SOBERANO contra

ASMA

CATARRO, OPRESIÓN

y todas Afecciones Espasmódicas de las Vías Respiratorias.

30 AÑOS DE BUEN ÉXITO

MEDALLAS ORO y PLATA.

PARIS, 102, Rue Richelieu. — Todas Farmacias.

Las Personas que conocen las

PILDORAS DEL DOCTOR DEHAUT

DE PARIS

no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demás purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, según sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentación empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

PAPEL WLINSI Soberano remedio para rápida curación de las *Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos*, de los *Reumatismos, Dolores, Lumbagos*, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de Paris.

Exigir la Firma WLINSI.

DEPÓSITO EN TODAS LAS BOTICAS Y DROGUERIAS. — PARIS, 31, Rue de Selne.

AGUA LÉCHELLE Se receta contra los *Flujos, la Clorosis, la Anemia, el Apocamiento*, las *Enfermedades del pecho* y de los *intestinos*, los *Espustos de sangre*, los *Catarros*, la *Disenteria*, etc. Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos.

HEMOSTÁTICA

PARIS, Rue Saint-Honoré, 165. — DEPÓSITO EN TODAS BOTICAS Y DROGUERIAS.



MARRUECOS. — SALIDA DE LA EMBAJADA ALEMANA DE TÁNGER PARA FEZ. (De fotografía de Hutin, Trampus y C.ª)

Se aproxima la fecha en que han de plantearse en Marruecos las reformas acordadas por la conferencia de Algeciras, y las naciones interesadas en los trascendentes problemas que con tal motivo han de resolverse van tomando sus posiciones en en aquel imperio, á fin de sacar el mayor provecho posible del nuevo estado de cosas que allí ha de implantarse.

Recientemente ha salido de Tánger para Fez la embajada alemana, á cuyo frente se halla el hábil diplomático Sr. Rosen; su viaje, al revés de lo que ha sucedido con

otras misiones diplomáticas, se ha efectuado con gran pompa, y la recepción del embajador por el sultán ha revestido especial solemnidad.

Los alemanes saben cuánto influye el aparato externo en el ánimo de un pueblo como el marroquí, y no ignoran que la impresión que los representantes extranjeros producen en la generalidad de los súbditos de Abd-el-Aziz influye no poco en las decisiones del soberano, dependiendo en gran parte de ella el respeto y la consideración con que son tratados los Estados respectivos.

Las casas extranjeras que deseen anunciarse en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA diríjase para informes á los Sres. A. Lorette, Rue Caumartin núm. 61, París.— Las casas españolas pueden dirigirse á los Sres. Montaner y Simón, Aragón, 255, Barcelona

Dentición
JARABE DELABARRE
Jarabe sin narcótico.
Facilita la salida de los dientes, previene ó hace desaparecer los sufrimientos y todos los Accidentes de la primera dentición.
EXÍJASE el SELLO del ESTADO FRANCÉS
FUMOZE-ALBESPEYRES, 78, Faub. St-Denis, París,
Y EN TODAS LAS FARMACIAS DEL GLOBO.

ROB
BOYVEAU-LAFFECTEUR
Célebre Depurativo Vegetal
EXIGIR EL FRASCO LEGÍTIMO
Vendese en casa de J. FERRÉ, farmacéutico,
Sucesor de
BOYVEAU-LAFFECTEUR.
Calle Richelieu, 102, París y todas farmacias.

VINO AROUD

CARNE-QUINA-HIERRO
el mas reconstituyente soberano en los casos de
Clorosis, Anemia profunda, Malaria,
Menstruaciones dolorosas, Calenturas.
Calle Richelieu, 102, París. — Todas Farmacias.

SE RUEGA EXIGIR SIEMPRE
LOS VERDADEROS Y EFICACES
PRODUCTOS BLANCARD

ANEMIA
COLORES PÁLIDOS
EMPOBRECIMIENTO
de la SANGRE
Escrófulas, etc.

PILULES
EXIGIR LA SIGNATURE
de BLANCARD
APROBADAS
por la
Academia
de
MEDICINA

al IODURO de HIERRO
INALTERABLE

DESCONFÍESE de las FALSIFICACIONES

Depósito: BLANCARD & C^ª, 40, R. Bonaparte, París.

AVISO Á
LAS SEÑORAS
EL ANIOL DE LOS
JORET-HOMOLLE
CURA
LOS DOLORES, RETARDOS,
SUPPRESSIONES DE LOS
MENSTRUOS
F^ª G. SÉGUIN — PARIS
165, Rue St-Honoré, 105
TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

Data de 1849 Paris
PUREZA DEL CUTIS
— LAIT ANTÉPHÉLIQUE —
LA LECHE ANTEFÉLICA
ó Leche Candès
pura ó mezclada con agua, disipa
PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA
SARPULLIDOS, TEZ BARROSA
ARRUGAS PRECOCES
EFLORESCENCIAS
ROJECES.
Pone y conserva el cutis limpio y terso
Casa CANDES
B^ª St-Denis, 46

ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD HIERRO QUEVENNE
Curadas por el Verdadero
Unico aprobado por la Academia de Medicina de Paris. — 50 Años de éxito.

PATE EPILATOIRE DUSSER

destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin
ningun peligro para el cutis. 50 Años de Éxito, y millares de testimonios garantizan la eficacia
de esta preparacion. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para
los brazos, empléese el **PILIVORE, DUSSER**, 1, rue J.-J. Rousseau, París.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN